



LOS CURAS, ANTE EL CHAPARRON DE "HOJITAS PIADOSAS"

HOJITAS

Terminada la "Primera docena," de las "Hojitas piadosas," que tanto han contribuído á excitar la sagrada bilis de curas, frailes, beatos y demás gente ordinaria, según se ve en la caricatura de este número, y mientras preparamos la segunda, damos comienzo á la publicación de las "Hojitas Morales," que, si Dios fuese servido, les producirán una rabieta parecida, si no mayor.

En la presente semana quedará en poder de nuestros lectores la 1.^a, titulada "Diadema de perlas,"

La impunidad criminal de la Iglesia y la ley de asilo

Conocidas son de todos cuantos han saludado la historia político-eclesiástica las grandes batallas que los soberanos hubieron de sostener contra la Iglesia para suprimir el llamado *derecho de asilo*, en virtud del cual el templo era lugar sagrado é inaccesible á los agentes de la autoridad, que daba refugio á todos los criminales y á los perseguidos como tales por la justicia.

No hemos de ser tan sectarios que no reconozcamos que algunas veces esa ley evitó el que los principillos satisficieran sus venganzas sobre víctimas inocentes, que hallaban en el templo una garantía personal más ó menos duradera que impedía el secuestro de los reos y daba á la Iglesia, democráticamente constituida, y á veces encarnación del pueblo democrata, una intervención inmediata en los procesos y sumarios.

Pero al corromperse la Iglesia, y al aristocratizarse, fué perdiendo la ley de asilo su carácter protector del indefenso, para convertirse en arma política contra la autoridad ó en instrumento servil de las bajas pasiones del poderoso vengativo, llegando á degenerar al extremo de vileza de que el clero, mediante la excepción del fuero personal y mediante esta otra exención local, se fué trocando en cuadrilla de bergantes malhechores, en hatos de matones y pícaros, y en centros de asesinos y ladrones, de donde provino el odio popular primero y el odio de los soberanos después, que exigieron la desaparición de ambos privilegios que lo eran para el crimen y para la maldad.

Desde que fueron suprimidos tales fueros por las leyes (pues en la práctica han subsistido más ó menos subrepticamente), la Iglesia no había gozado de la paz y prosperidad que necesitaba para producir todos sus frutos criminales, adaptados á las nuevas formas del progreso moderno.

Era espectáculo reservado á nuestros días el de ver cómo la prensa es utilizada por el clero para la difamación

más villana y para sostener las mentiras más procaces; cómo se van prostituyendo en sus manos los adelantos científicos é industriales, y por fin, cómo se han ido reponiendo en las costumbres las leyes aquellas de excepción criminal, preparando la reposición de las leyes que con el mayor cinismo los obispos españoles fueron osados á pedir en el programa de *acción católica*.

Esta osadía episcopal había de tener pronta explicación de su finalidad en los hechos. En pocos meses se han descubiertos, pesa á la negligencia y desidia de las autoridades, las torturas de Ciempozuelos, los asesinatos de locos, las horribles mutilaciones de Gracia, la fuga de religiosos y asiladas, y por fin, la revolución de Portugal ha puesto de manifiesto que de cuarenta monjas que componían una de las comunidades de Lisboa, cinco de ellas estaban en meses mayores, pudiendo sospechase fundadamente que otras tantas estarían en meses menores, y otras acabarían de salir del puerperio... es decir, que el convento era un burdel reservado para el uso de la gente piadosa, en el cual la profesión opuesta, el hábito, el lugar y el ambiente de culto virgíneo, daban á la lujuria un carácter de morboso furor y á cada acto cierto resabio de desfloración.

Nada digamos de la sensación psíquica que produciría en los sátiros la idea de fornicar las «esposas de Dios», exaltando el *deleite físico* esta imaginación del adulterio supremo.

Faltaba, sin embargo, descubrir lo que todo el mundo susurraba, á veces sin creerlo, á saber: que los conventos eran guaridas de criminales y cavernas de conspiradores contra el orden social. Esto se ha demostrado al aparecer las bombas de dinamita en los conventos de Lisboa.

Ya hace años que una parte de la opinión de Barcelona indicaba á los jesuitas como autores de las bombas de aquella castigada ciudad. En el año de 1908 publiqué en *El Globo* un estudio del terrorismo, deduciendo por discurso *eliminativo* la probabilidad de aquella sospecha, y en artículos posteriores publicados acá y acullá y particularmente en *El Motín* he ido señalando los hechos que afirmaban y confirmaban aquellos indicios, llegando á la conclusión de que el fenómeno del terrorismo barcelonés por razón de sus causas, ocasiones, circunstancias, formas y misteriosidad, no podía proceder de otro centro que del *jesuitismo*.

Las aficiones homicidas del jesuita se publicaron cuando los sucesos de Julio, en que su colegio de la calle de Caspe apareció como baluarte repleto de facciosos, al igual que en Lisboa.

En ambas partes se dió el *hombre de los terrados*, abandonado al misterio en Barcelona, y sorprendido en Lisboa con el sayal jesuita. Finalmente se descubrieron sus laboratorios y depósitos de bombas; y á pesar de tales hechos, las autoridades españolas consagran con su indiferencia la *ley del asilo criminal* para esas gentes puestas bajo el pabellón de un soberano extranjero, sin más soberanía que la de su astucia, felonía y artes embaucadoras.

Para que estas opiniones adquirieran mayor cuerpo, he aquí unos sueltos en

que Litrán ha recopilado nuevos hechos:

«A raíz de la bomba de la calle de Cambios, con la seguridad y el aplomo que da la convicción, afirmé, no una, sino tres veces, bajo mi firma, que con quesólo seme concediera un mandamiento judicial para registrar ciertas casas, de improviso, y á ser posible todas en un día y á la misma hora, se encontraría el hilo, si no se daba con el ovillo, de las bombas.

Una monja, fugitiva de un convento, harta de buenos tratos, me había dado la pista.

La afirmación mía se tomó á ridículo ó se achacó á malquerencia.

Ni siquiera se me llamó á responder de mis palabras, y mucho menos se tomó medida alguna para averiguar si tenían ó no fundamento.

«En la memorable revolución de Julio le consta á todo el mundo el papel que clérigos y clericales desempeñaron tiroteando á las tropas y á los pacíficos ciudadanos desde terrados y ventanas para mantener la alarma y enconar los ánimos.

Me consta que en cierta habitación desahogada del Ensanche se recogió el cuerpo de un hombre que tenía un balazo en la frente sin orificio de salida, y en el occipucio una redondez afeitada. La casa en la cual se negaba á dar entrada á los soldados la portera, que lo había sido antes de un convento, estuvo á punto de ser pasto de las llamas.

Como este, y por el estilo, hubo en los días de Julio muchos casos que están aguardando el cronista que los refiera.

«A tiros fueron recibidos los revolucionarios al acercarse á más de un convento. Hoy, á ciencia y paciencia de las autoridades, algunos de ellos se han convertido en fortalezas que están desafiando las iras del pueblo.

«Es público y notorio que en algunos centros religiosos se enseña á los educandos a instrucción militar.

La milicia de Cristo no lleva rosario y crucifijo, sino que gasta *browning* y *matísser*.

«En cuanto á las bombas, complemento de esa organización místico militar, ahí está vivo y coleando el hallazgo de un depósito de explosivos en el convento de Quelhas, en Lisboa.

«Y siguiendo con el tema, leo en *La Razione*, de Roma, en la información que dedica á dar cuenta del homenaje que la democracia italiana rindió á Ferrer Guardia el día 13 del que cursa, que al llegar el cortejo, unas 30.000 almas, á la plaza de Santa Clara de la ciudad eterna, desde las ventanas del Seminario francés fué lanzado sobre la multitud un petardo, que produjo la natural alarma entre los manifestantes y estuvo á punto de ocasionar un serio conflicto, de no acudir en defensa del Seminario la fuerza pública.

Como obedeciendo á una consigna, las armas de fuego y los explosivos forman parte del menaje de las casas clericales.

Y hay que tenerlo en cuenta.»

Recomponiendo la historia de los sucesos de esta índole verificados en estos últimos tiempos, podremos recordar que Maura, con pretexto de la revolución catalana, hizo *requisa* de toda clase de armas en el pueblo liberal, en tanto que consentía el almacenamiento de armas y municiones en los conventos. Un periódico clerical, *Iris de Paz*, publicó cínicamente la ordenanza militar y el plan de organización de cuerpos armados en los centros clericales. La prensa denunció las circulares en que los fabricantes de armas ofrecían

descuentos de ocasión á los conventos. Con periodicidad se han denunciado alijos de armas destinados á conventos y sacristías.

Todo esto revela con una claridad deslumbradora, que en España se está armando á la sordina un ejército irregular, fraudulento, que se ensaya en el ejercicio de todas las artes homicidas para sacarlas en su día contra el ejército nacional y contra el pueblo.

Este síntoma se agrava mucho más con los trabajos de zapa que en el ejército está haciendo el jesuitismo, captando voluntades, poniendo en juego sus perfiles seductores para cazar adeptos á quienes se infiltra la indisciplina y á quienes se exhorta al odio de los compañeros liberales en folletos que han circulado impunemente por cuarteles y castillos.

..

¿Falta algo para demostrar que la iglesia está preparando en España sus gentes para una San Bartolomé, y para un degüello general de las gentes que estorban sus planes?

¿Para cuándo aguarda el gobierno á tomar cartas en el asunto, aplicando la ley á tales conspiradores?

Los jesuitas fortifican sus casas á la vista de todo el mundo. El obispo de Santander consagra los futuros caudillos suscitados por su dios, que es su conveniencia, y los aclama precisamente como heraldos de la Iglesia. Los carlistas regalan á D. Jaime la espada que ha de blandir en la soñada guerra.

Los jefes facciosos alardean de su fuerza y retan al gobierno nacional.

El Vaticano y su Nuncio entrométense personal y públicamente en la inflamación de las presuntas huestes. En los complots disfrazados con capa de solemnidades religiosas, se ensalza y se jura á veces la bandera de la guerra á muerte.

¿Qué más se quiere? ¿Confía el gobierno en que todo eso es labor inútil, creyendo que el pueblo liberal podrá barrer de un solo escobazo tanto proyecto criminal albergado en la Iglesia? Y en tal caso discutible y aun opinable, ¿esta acumulación de medios y artes homicidas, no está acumulando ya las muertes, destrozos y desgracias que habrán de producirse en la domación de la fiera romana?

¿Qué medios se supone que podrá utilizar el pueblo en la lucha improvisada contra este ejército de maldad hábilmente adiestrado?...

De la carnicería que este choque lógicamente inevitable produzca, ¿quiénes serán los culpables ante la historia sino aquellos que tenían como misión oficial y subvenida el impedir el crecimiento de uñas de la fiera, y nada hacen para cumplir éste su cometido?

Vale la pena de que alguien se ocupe de ello. Si no, en la hora tremenda nadie tendrá derecho á quejarse de los estragos que fuera del cauce evolutivo cause el desbordamiento de las iras revolucionarias, cuando el pueblo, harto de sufrir, se lance desesperadamente á buscar el alivio de su vida insoportable en el triunfo de su causa, ó en la muerte, término de sus males.

Y menos que nadie podrá rasgar sus vestiduras la prensa grande, esa prensa informadora de la opinión y órgano de los gobiernos, que hizo creer al pueblo

español en la existencia del Terror, del Osado, y demás artefactos de la Escuela presentada como invencible, y que al aparecer ante el enemigo en Cavite y Santiago resultaron ser, en vez de buques, sarcófagos de cartón donde vivían los marinos condenados á ser enterrados vivos en el seno del oceano.

No hablemos de la responsabilidad de las minorías si guardan silencio ante esta conspiración. El peligro está descubierto; como centinelas damos el grito de alarma. Hemos cumplido nuestro deber; el pueblo que nos lee cumplirá á su tiempo el suyo contra los enemigos que le asalten y contra los traidores que no estorbaron estos trabajos de zapa en el subsuelo de la superficie política.

R. MAYOL

Ven acá, mala mujé;
si te veo andar con curas
¿cómo te tomo queré?

Locura simpática

El día 18 del actual ocurrió en la Basílica de San Pedro un suceso gracioso.

Celebrábase, con la extraordinaria pompa que corresponde al Dios de los pobres, una ceremonia en conmemoración de la consagración de la iglesia.

Oficiaba de pontifical monseñor Rampolla, y en el presbiterio estaba mucha gente de poco más ó menos: cardenales y obispos. El templo rebosaba borregos, vulgo fieles.

Repentinamente, cuando el oficiante cantaba el «Tantum ergo», un obispo, que ocupaba un asiento en el coro reservado á los canónigos, se arrancó en corto y ceñido, corrió hacia Rampolla, y con el puño levantado comenzó á gritarle:—¡Calla, viora! ¡Vete! ¡Bastante has cantado ya!

Con la sorpresa que es de suponer, enmudeció y retrocedió el agredido algunos pasos. Pero el obispo, hombre de fortísima complexión, avanzó hacia él y le dió dos ó tres sagrados empujones. Entonces se lanzaron sobre el simpático agresor algunos canónigos, intentando detenerle; pero el amigo, más fuerte que todos, los zurró de lo lindo hasta ponerlos en fuga, á la vez que gritaba como si lo hubieran suspendido de empleo y sueldo, lo único que le llega al alma á todo obispo.

En la Basílica se produjo una espantosa confusión. Los devotos, henchidos de la fe que incubaba mártires, huían heroicamente, y muchos de ellos, en su mayoría mujeres, cayeron al suelo y fueron magníficamente pisoteados y magullados. Cuatro sacristanes luchaban, entre tanto, por reducir al obispo, pero los cuatro cayeron rodando.

Al cabo, cuando ya el templo había quedado medio vacío, lograron seis polizontes sujetar al autor del tremendo escándalo, y, sospechando que estaba loco, lo llevaron á un manicomio, donde se le puso la camisa de fuerza.

El morado se llama Ricardo Daly, es

australiano y tiene cuarenta y cinco años.

Es posible que se haya inventado lo de la locura para no tener que ahondar en la verdadera causa del suceso; pero, en fin, como no lo sé, lo mejor será darla por verdadera.

En cuyo caso, solo me resta recordar el antiguo adagio: «Los locos y los niños dicen la verdad.»

Que convenga ó no convenga,
todo cura en un sermón
debe tener mala lengua.

Ya creo haberlo dicho otra vez. Los periódicos semanales tienen el inconveniente de que, al ocuparse de asuntos que los diarios han tocado, se encuentran á veces con que no pueden añadir una línea á lo ya publicado; tan admirablemente lo han hecho los demás.

Y esto me pasa hoy con el hecho del hombre muerto de hambre. Ni puede hacerse el relato mejor que *El Imparcial* lo hizo, ni ponerle comentarios que respondan á mi manera de sentir y pensar, mejor que lo ha hecho *El País*. Por lo tanto, reproduzco á continuación relato y comentarios.

EL FRACASO DE LA CARIDAD

Agonía de un muerto de hambre

En la capital de una nación que va á consumir su ruina por meterse á civilizar Marruecos, en la corte clerical de la católica España infectada de conventos, ha ocurrido este crimen social, padrón de ignominia para los frailes y monjas que viven de explotar la caridad, bancarrota de la beneficencia oficial y vergüenza para todo el vecindario blanco, y negro, y rojo.

El relato lo hace admirablemente nuestro colega *El Imparcial*. Hélo aquí con algunos de sus muy discretos comentarios:

«De este desventurado ciudadano sólo sabemos lo que dijo en la Casa de Socorro de la Latina, entre los estertores de la inanición. Se llamaba Anacleto Guillén. Su edad era de cuarenta á cuarenta y cinco años. Vestía traje andrajoso. En uno de los bolsillos se le encontró un mendrugo de pan, en el que se observaban huellas de dentellada. Era tan duro, que el hambriento hubo de renunciar á seguir royéndole.

Y, ahora, contemos la triste historia. Cuando oscurecía ayer, un hombre avanzaba, tambaleándose, por la plaza de San Francisco el Grande. Tal vez los espectadores de esa agonía pensaron que aquel hombre estaba borracho. El infeliz cayó frente á la iglesia de San Francisco. Acudió un inspector de Policía urbana para levantarlo, informándose de la causa de su caída. A las preguntas del inspector, contestó el desventurado Anacleto Guillén con palabras inarticuladas y con quejidos de angustia: «¡Hambre! ¡Dolor!» Estas fueron las palabras que surgían de la ner-

viosa y confusa dicción de aquel ser extenuado.

El inspector de Policía urbana llamó á los guardias del mismo instituto números 498 y 516 para que condujesen á la Casa de Socorro de la Latina al infortunado sujeto.

Los guardias referidos intentaron poner en pie al desdichado Anacleto; pero éste se hallaba desprovisto de toda energía muscular. Levantábanle con cariñosa solicitud los guardias; él caía de nuevo sobre la tierra. Tenía los ojos entornados. Salían de su boca los lamentos y estertores.

Fué requerido un coche de punto, y en él entraron los guardias y el moribundo. El carruaje se dirigió, por orden de los guardias, á la Casa de Socorro del distrito de la Latina, muy cercana al lugar del suceso.

Allí fué subido en volandas el pobre hambriento. Los médicos de guardia le reconocieron apreciando la inanición y los síntomas graves consiguientes. En esa, como en todas las Casas de Socorro se tiene siempre al fuego un caldo reparador y confortativo, que en no pocas ocasiones restaura las fuerzas de los menesterosos. Los médicos, practicantes y enfermeros rodearon á Anacleto Guillén y trataron de reanimarle. Procuraron que tomase una taza de caldo; pero el caliente y sustancioso líquido se derramaba sobre los labios del infeliz, que ya había perdido las energías de la deglución.

Comprendieron los médicos de la Casa de Socorro de la Latina que no podían hacer nada en beneficio de aquel desgraciado. Necesitado de reposo, le era precisa una cama. A la falta de alimento se unía el frío del ambiente. El cuerpo del infeliz tiritaba. Un lecho cálido, una manta podría tal vez remediarle.

Se le encaminó al Asilo de la antigua Sociedad, en otro tiempo famosa entre los desventurados, que se titula «Refugio y Piedad de esta corte» y que se halla establecido en la calle de la Corredera Baja.

Después de un viaje por las calles de Madrid, entre la lluvia y el frío huracán del Norte que anoche venía del Guadarrama, llegó el carruaje á la puerta del Refugio. Los dos guardias municipales procuraban animar el cuerpo helado del pobre Anacleto, oprimiéndole las manos, envolviéndole con los capotes.

Cuando el coche se detuvo ante el Refugio, el representante de esta Asociación se negó á recibir al que solicitaba con urgencia un paro. Los guardias insistieron. El funcionario de aquella insigne Sociedad benéfica, que en otros días significaba la plenitud de la caridad madrileña, un sacerdote, se excusó de toda intervención. Las camas del reducido Asilo estaban llenas. Lo único que se podía hacer por aquel moribundo era darle una taza de sopas de ajo.

Los guardias municipales, que durante todo el lapso de la tragedia representaban el buen sentido y la verdadera caridad, manifestaron que aquel hombre que se estaba muriendo de frío no podía ingerir alimentos. Lo que le hacía falta era el descanso en mullidos colchones, en una atmósfera tibia, en el silencio del sueño.

El digno sacerdote del Refugio opu-

so á estos generosos deseos la imposibilidad.

Los guardias municipales, sufriendo la tristeza propia de su misión, se dirigieron al Gobierno civil. El infeliz Anacleto, privado ya de todo estímulo personal ni siquiera preguntaba respecto al término de su doloroso viaje.

Cuando el coche llegó al Gobierno civil los guardias explicaron á los delegados de la primera autoridad de la provincia el caso extraordinario de que eran portadores. El señor gobernador, ocupado sin duda en aquellos momentos en organizar su ingeniosa exacción sobre los espectáculos públicos para acabar con la molesta mendicidad madrileña, no pudo intervenir en el caso. Un funcionario del Gobierno civil dijo á los guardias municipales:

—Vayan ustedes á la Casa de Socorro del distrito en que el accidente ha ocurrido y reclamen allí un volante para que la víctima ingrese en el hospital provincial.

En todas estas idas y venidas la trágica víctima del hambre iba consumiendo lo poco que le quedaba de vida. Hombres valerosos los guardias que cumplían esta misión de caridad civil, manifestaban luego que nunca habían sentido el espanto como en este trance, para ellos inolvidable.

El coche caminó de nuevo con el lento trotar de los caballos del servicio público monopolizado de Madrid.

En la Casa de Socorro de la Latina, donde, como recordará el lector, ya había estado antes la víctima ejemplar de la desorganización de los servicios de beneficencia, se dió á los guardias el volante que estos demandaban.

La burocracia había cumplido con su misión. El hambriento moribundo iba á fallecer con todos los requisitos administrativos. No tenía derecho á quejarse de nada ni de nadie.

Dos guardias municipales, un simón, varios médicos, un sacerdote, una Asociación de Caridad, el Gobierno civil y dos horas de viaje de calle en calle, sobre los toscos adoquines y los montones de grava, constituían un conjunto de honores excesivos. El que se muere de hambre después de estos trámites es un exigente y un descontentadizo, tal vez un revolucionario.

¡Por fin, llegó el carruaje á las puertas del hospital provincial!... Acudieron los servidores de aquel establecimiento benéfico. Los guardias exhibieron el volante de la Casa de Socorro, por el que se concedía generosamente á Anacleto Guillén el derecho á una cama y á la atención de un médico.

Ni aun así consiguió el infortunado Guillén un rincón donde ser acogido.

Durante el trayecto había perdido Guillén todo el derecho al socorro del hospital provincial.

Había perdido ese derecho y lo había perdido todo, porque había muerto en el camino, en el coche de alquiler, entre dos guardias municipales, sin un médico que procurase salvarle, sin un sacerdote que le confesara—¡aunque estuvo un momento al lado del capellán del Refugio!

A la puerta del hospital se vió que Anacleto Guillén era un cadáver.

Se dió aviso al juez de guardia, señor Moreno, del distrito de la Universidad, y éste acudió en el acto. La vindicta pública fué más rápida que la caridad.

Anacleto Guillén aun tuvo que hacer un último viaje. Fué llevado al Depósito judicial inmediato que se halla en uno de los patios del hospital. Allí fué admitido lo que quedaba del hombre muerto de hambre, sin dificultad de ninguna especie. La burocracia había fracasado. Para el hombre enfermo, para el hombre famélico, para las angustias de la necesidad, había exigido volantes, informes, documentos. Para el cadáver sólo era precisa la presencia del cadáver mismo.

Y ahí está. Ni siquiera le será dable el respeto del cuerpo, porque no habrá modo de prescindir de la autopsia. ¿De qué habrá muerto este hombre?... La duda puede perturbar á la justicia.

Las Asociaciones benéficas madrileñas tendrán un disculpa en esta deficiencia de sus servicios. Siendo, como son, esencialmente clericales, descansarán estos días de las grandes fatigas de la manifestación en el Cerro de los Angeles. Y acaso se preparen á nuevas campañas por la fe con motivo de la ley del «candado» y del servicio militar obligatorio, que trata de sacar de los Seminarios á los más fuertes mozos sobre cuyos hombros izquierdos pesaría graciosamente el fusil de los defensores de la patria.

Si es así, bien está. Un alto fin justifica todo. Muera de hambre y de abandono en Madrid el infortunado Anacleto Guillén. Sobre su cadáver habrá oraciones. En esta Sión del Manzanares el pan es escaso, la caridad difícil, la muerte fácil. Millares de preces surgirán hoy por este víctima de la indiferencia social. Oremos todos; oremos por el muerto, oremos por los que le han dejado morir.

¡Magnífica relación, magnífica! Felicitó al que la ha hecho. Así se describe, así se pinta...

«Es probable—añade *El País*—que este pobre hombre pidiera limosna y no encontrara quien se la diera, porque ahora ha dado en la flor el zurriburri peyorístico. Zarramplín, Buscavidas, Trofosalones, Tomatero, aspirantes á la Defensa Social, candidatos al Municipio y á la Diputación, de abominar de la limosna recibiendo una gansada del admirable Anatole France, y afirmando que los más de los pobres son bribones, pícaros, fincados y con acciones del Banco entre los harapos.

Los municipales que ayer actuaron de hermanos de la Paz y Caridad, debieron haber llevado al hambriento al Centro de Defensa Social (calle del Príncipe), ó al Casino Conservador (casa de Tepa), y dejarlo allí, diciendo á los unos «defendedle», y á los otros, «he ahí vuestra obra».

Pero mejor hubiera sido entrar, sable en mano, en la residencia de los jesuitas (calle de Zorrilla) y arrojar de allí á aquellos zorros, bigardos, gandules, en nombre de Cristo, é instalar en un lecho á la víctima de esta civilización esplendorosa, que i veda, contra los socialistas, la patria y el orden, por boca de Canalejas, y deja morir de hambre, en las calles de Madrid, á un prójimo, á un ciudadano.»

¿Tenía yo ó no razón, al decir que ni

podía hacerse mejor el relato, ni ponerle mejor comentario?

Lo que me resta por decir es muy poco.

Se han publicado después informes semioficiales dándonos la grata noticia de que el muerto de hambre bebía, fumaba y no trabajaba; en las manos, por lo menos, no tenía callos.

Y llamo grata a la noticia, porque ya sabemos que en adelante, todo el que sufra hambre tiene el porvenir asegurado, con tal que pueda exhibir las manos encallecidas.

Pueden presentarse, pues, en conventos y asilos de Beneficencia, en la seguridad de que les darán... con la puerta en los hocicos.

¡Cuánta farsa, cuánta mentira, cuánta hipocresía, cuánta infamia, cuánta crueldad, es decir, ¡cuánta religión!

Tú te tienes é queá
más tísica que se quea
el ama der capeyán.

Joven salvado

Tres frailes del convento de la Magdalena, en Masamagrell, corrían como locos por los campos, dando fuertes gritos, salvando acequias y zanjas para no caer en ellas.

Los vecinos del pueblo que lo presenciaban, creyeron al principio que se habían escapado de un manicomio, al verlos con los sayales remangados y al aire sus peludas patas; pero luego, al enterarse del motivo, celebraron el caso, con risa unos y con indignación otros.

Y el caso era, que un novicio se había escapado del convento para sustraerse á los malos tratos que le daban, por n garse á lo que se negaron los ángeles en Sodoma, lamentando no tener alas para haberse alejado como aquellos á gran velocidad.

Y corría á todo correr, gritando angustiosamente: ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Que me quieren violar!... ¡Salvadme!

Los frailes, que iban tras de él con largas correas, gritaban á su vez: ¡Ahora te lo diremos, escandaloso, rebelde!

Iban ya á al anzarle, cuando afortunadamente para el novicio llegó á los rails de uno de los trenes de vía estrecha en el preciso momento que circulaba por ella un convoy, y, aprovechando la escasa velocidad que llevaba, dió un salto y se fué á Alboraya, su pueblo natal.

De buena se ha librado el novicio. Seguramente es el primero que ha escapado sin desperfectos de una acometida frailuna. Me han dicho que son terribles cuando se ponen incandescentes. Se lo preguntaré á la primera beata con que tropiece ó al primer luis que vea balanceándose de caderas.

Bendigamos á la Providencia, sin cuya voluntad no se mueven ni los trenes del ferrocarril, que pusiera aquél á disposición del fugitivo, para que pudiera huir de sus perseguidores; porque si

le echan la garra y lo vuelven al convento, y...

Corramos un velo... de mampostería.

El Papa afligido

Leo que monseñor Jovie, obispo de Cattaro, ha tenido á bien suicidarse por mor de un desfalco de 80.000 coronas que se dignó perpetrar, y que el Papa está afligidísimo por este doloroso incidente.

Suplícole que dé una Encíclica prohibiendo que se suiciden los eclesiásticos que desfalquen, pues de lo contrario va á salir á disgusto por día, y la Iglesia va á perder muchísimos servidores.

Prudente reserva

Hace días leí esta noticia en la prensa:

«En el convento de frailes capuchinos de Castellón se promovió el día 11 un escándalo, que dió origen á que se amotinaron más de dos mil personas.

Parece ser que una mujer bellísima, de tipo arrogante y aspecto distinguido, estaba locamente enamorada de uno de los frailes, al que siempre dirigía miradas incendiarias donde quiera que le veía.

Hacíale frecuentes requerimientos y protestas de cariño y le daba infinitas pruebas de amor; pero el fraile fiel á sus creencias, desdeñaba á la hermosa y enamorada mujer, llegando hasta decirle:

—En vano me persigue usted. Comprendo que su belleza es soberana; pero soy incorruptible y no lograré torcer mi voluntad.

La amante desdeñada persistía en sus propósitos, y hoy se presentó rad ante de hermosura en la iglesia del convento, donde al ver al fraile de sus ensueños le gritó:

—Te adoro, te idolatro, serás mío ó me matarás.

Entonces se produjo un escándalo formidable, pues la gente que llenaba el templo, sin darse cuenta de lo que ocurría, se dispersó en todas direcciones profiriendo grandes gritos.

La exaltada fué detenida por los municipales, que la condujeron á lugar seguro. El suceso se ha prestado á graciosos comentarios.»

Leí, como digo, la noticia, y no me atreví á estamparla; la consideré un infundio.

Que una señorita se enamorara de un fraile, eso lo estamos viendo todos los días.

Que prescinda de todas las conveniencias y todos los respetos, también.

Que los fieles escapen de los templos al menor ruido, sin importarles un comino de Dios ni de su madre, ídem ídem.

¿Pero que un fraile no diga *quiero* cuanto una buena moza le dice *envido*, por cumplir el voto de castidad? Esto es menos creíble que cualquier misterio de la Santa Madre Iglesia, y no puede

aceptarse sin ofender la honra del fraile que de tal modo se comporta, pues hay que suponer en tal caso que el amigo, ó es *flaminio*, ó es de los que se cargan por la recimara.

Después leí que el fraile había *conocido* intimamente á la señorita, y que se había apartado de ella, no por virtud, sino por cansancio, y me felicité de no haber lanzado juicios temerarios.

Hay que ser muy prudente en casos parecidos, y no chocar abiertamente con la tradición; un fraile caído no se encuentra sino en lo que pasan de ciento cincuenta años.

¡POBRECITOS FRAILES!

Escena: Salón elegantísimo. *Personajes:* Dos señoras de la aristocracia más linajuda toman té en tazas minúsculas. El marqués de Rocín, senador y viejo, fuma cerca de la chimenea. A su lado, baboso y adulador, un diputado joven y liberal. Son las cinco de la tarde. Después penetra el arzobispo de Valladolid muy cargado de sedas y encajes, anillo y pectoral cuajados de brillantes, alto, con carmin sospechoso en las mejillas y con gestos y ademanes de duquesa de mancebía.

—Desengáñese usted, duquesa, esto ha sido un atraco de Canalejas. ¡Bien nos ha dado el timo de los pedigones! Pasó la ley del candado como una seda. ¡Qué hombres, Dios mío! ¡Qué conservadores! ¡Y qué obispos! Si levantara Canovas la cabeza...

—Pero, hija, si esto del candado es la nada entre dos platos. Por eso se le ha dejado pasar allá arriba. Ya ve usted, una ley que nace ya con la sentencia de muerte... ¡Son dos años, duquesa! ¡Y en dos años pasarán tantas cosas!... Por eso nos dijo la señora el otro día: «Nada de protestas ni ruidos; es una dedada de miel al liberalismo, sin perjuicio ninguno para los religiosos.»

—Pues yo no lo creo así. ¿De modo que aquí se puede fundar todo lo que se quiera, y conventos no? Pues los religiosos están afligidísimos. Ayer mismo me lo decía el P. Rafael: «¡Pronto se quedará usted, condesa, sin padre espiritual! Acabarán por expulsarnos, á eso se tira.» Vamos, si había motivos para arrastrar á ese Canalejas y á todos los senadores que le han hecho coro.

—Esa va por usted, marqués. ¿Pero no oye usted á la condesa? Pide la cabeza de todo el Senado.

—Mi buena amiga la condesa es muy sensible y muy impresionable. (Con fina ironía.) Desde que su esposo vegeta en el extranjero, en su embajada, se ha entregado de lleno en brazos de Dios y todo le parece poco para sus siervos. Los frailes, mi buena amiga, se quejan de vicio; nadie les molesta, van donde quieren, han llenado á España de conventos, y lejos de perjudicarles la ley del candado les favorece; primero, porque ratifica y legaliza en cierto modo su situación actual, algo anormal, y á espaldas del Concordato; y segundo porque les pone á salvo de la competencia de religiosos extranjeros. Ellos lo saben mejor que nadie; por eso hacen que se asustan, pero no se asustan. Créame usted que lo sé de buena tinta, y aquí explicado mi voto en pro del can-

dado. Cumplí con mi jefe, y no perjudiqué a los frailes. ¿Es esto diplomacia, ó qué es?

—¡Bravo, señor marqués! ¡Ah! Quién tuviera su agudo profundizar en los enredos políticos!—exclama el diputado liberal dándole palmaditas.

—Pues yo no aplaudo ese proceder, que será todo lo diplomático que ustedes quieran, pero no es cristiano ni católico.

—¡Por Dios, condesa! Que aquí todos somos hijos sumisos de la Iglesia, y católicos a macha martillo...

—Pues entonces deben ustedes pasarse a mi bando, y censurar el que se ponga coto a los frailes, y no se ponga a los *Musich-Halls* y otros centros más indecentes todavía.

—(La duquesa riendo) ¿Pero, condesa, es usted visita de Polo y Peyrolón? Porque está usted alegando las mismas razones que ese señor en pro de los conventos.

—Se alegan las que se pueden, las que son de sentido común. Además, ya sé que usted me contraría por hacerme hablar; porque usted, tan afecta y rumbosa con los Padres de la Compañía, no puede usted pensar como ese senador forrado de escepticismo que fuma al lado de la chimenea, y ese diputado saturado de volterianismo.

—(El senador riendo nervioso) ¡Es deliciosa esta condesa! Está usted tranquila; nadie se meterá con el P. Rafael; ya le pediremos, si llega el caso, un salvo conducto para él a Canalejas.

El diputado va a decir una vulgaridad en alabanza del marqués, pero le interrumpe un criado que entra y anuncia al señor arzobispo de Valladolid.

—¡Me alegro! Ya no seré sola para combatir contra tres. Menudo rapapolvo van ustedes a llevar...

Entra el arzobispo con aire de fatuidad insoportable, prodiga sonrisas y frases melosas a todos mientras le besan el anillo. Le ofrecen una taza de té que rechaza con gesto de damisela ofendida. El marqués le mira con sorna, el diputado con algo de insolencia. Las dos señoras embobadas.

—Viene Su Excelencia llovido del cielo. Aquí estaba sola combatiendo con tres enemigos...

—Con dos, condesa—interrumpe la duquesa algo seria.

—Vamos, ya no es la cosa tan temible: ya somos dos para dos... Pero, permítanme un momento... Vengo de despedida: mañana sa go para mi archidiócesis.

—¿Tan pronto?

—Pues usted, señor arzobispo, ha hecho lo increíble para ello. Toda la Cámara estaba fascinada por su discurso; yo le oí. ¡Oh, qué erudición y qué elocuencia!

—Gracias, condesa; no hay en ello mérito alguno. Dios se vale para la defensa de su causa de quien quiere... Puso en mi boca acentos de convicción, como pudo haberlos puesto en una piedra...

—(El diputado por lo bajo.) O en un alcoraño, como tú.

—¿De modo que los pobrecitos frailes no pueden fundar más conventos?

—Es un breve plazo de dos años... Después ya veremos...

—Vamos, ya se pueden consolar, que no han perdido el tiempo desde que Cánovas les abrió la puerta. Allí por el

68 sólo había a todo tirar unos treinta conventos de frailes en toda España, todos concordados, y no muy opulentos. Hoy, según la última estadística, y no exacta, pasan de cinco mil. Me parece que el canda lo ha venido un poco tarde, señor arzobispo.

—¿Este señor marqués siempre tan bromista!

—¿Usted cree, señor arzobispo, que Canalejas llegará a expulsar a los frailes?

—¡No lo permita Dios! El no es malo; pero le empujan los impíos. ¡Gracias a que en lo alto le sujetan las riendas! De todos modos, por algo se empieza. Y he aquí explicada nuestra ruda oposición a estas leyes anticatólicas.

—No atacan al dogma.

—Así es, señor marqués; pero minan las columnas de la Iglesia.

—¿Es que la Iglesia no ha existido siglos sin frailes?

—Al principio, sí; ahora no sería posible.

—Lo que es esencial para la vida de una institución, lo es siempre. ¿Es el fraile consustancial con la Iglesia ó no?

El arzobispo palidece, sonríe y no sabe qué contestar. El diputado le mira con cinismo. La duquesa da pataditas en el suelo. La condesa, viendo el atoladero, echa un capote.

—Vaya, señor marqués; déjese usted de teologías. Lo cierto es que los religiosos son el más firme sostén de la Iglesia, y la prueba es que todos acudimos a ellos. Usted, marqués, tuvo siempre un confesor fraile, con frailes ha educado a sus hijos, y fraile fué siempre el director de su esposa. Usted, señor diputado, debe usted su acta por Quintanar al prior de los carmelitas; y mi excelente amiga la duquesa ha construido el colegio de jesuitas de Villacorneja y el convento de capuchinos de Villapardo. En cuanto al señor arzobispo, sabe muy bien que sin los frailes los servicios espirituales de su archidiócesis estaría muy abandonados, pues los curas ya sabemos lo que son; además, son muy buenos protectores de su excelencia con el Vaticano. Yo, desde que mi esposo anda dando saltos por las embajadas, estaría sola en el mundo sin los consuelos que lleva a mi espíritu el P. Rafael. De modo, que sea lo que sea, debemos defenderlos, ó por gusto, ó por conveniencia. He dicho.

Todos se miran con algo de recelo. El arzobispo se levanta sonriente, y dice:

—¿Queda aprobado por unanimidad que los frailes nos son necesarios?

Todos á coro:

—¡Aprobado!

FRAY GERUNDIO

Ná quiero que me des tú;
ni la oblea, ni los untos
ni aunque fuera la salú.

RELIGION

La de estos tiempos, alguien lo ha dicho, no es la de Cristo, es la de los clérigos.

Una religión que vende *indulgencias*, *bulas*, *dispensas*, *annatas*, que trafica con las almas; que comercia y pone pre-

cio á la *gracia divina*; que por medio de la confesión fiscaliza los actos domésticos y establece un espionaje degradante; que no bautiza, casa ni entierra sin hacer efectivos los honorarios del arancel; que profana las sepulturas de los muertos; que incita á la rebeldía á los fieles contra los poderes constituidos, si pugnan contra sus intereses; que lanza al campo sus huestes fanatizadas, y, sedientas de sangre humana, empuñan el fusil y la tea incendiaria para destruir los hogares, violar doncellas, fusilar prisioneros y saquear los pueblos; que concede el cielo á cambio de los bienes terrenales; que con amenazas de penas espeluznantes de un infierno imaginario, arranca donaciones á los moribundos, lo que constituye un despojo á sus legítimos herederos; que emplea la astucia y el engaño en el reclutamiento de jóvenes menores para nutrir los claustros, buscando, no la vocación, sino la *dote*, demostrando así que Cristo repudia las esposas pobres, y cobrando una prima de corretaje por cada catacúmena que recluta valiéndose del confesonario y sin cuidarse de la aflicción de los padres; que inventa milagros, santos y reliquias para explotar al cándido creyente; que siembra el odio entre sus adeptos para que nieguen la limosna, el asilo y aun el saludo á los que profesan religiones distintas; que reniega de las leyes del progreso; que condena la instrucción, especialmente de la mujer, á la que considera como sierva; que establece la esclavitud; que convierte los templos en bazar de mercancías, rifando ora pañuelos, roscones y gallos, ora esfinjes, animales y zarandajas, y que tiene la osadía de afirmar que «lo que los clérigos atan y desatan en la tierra, Dios lo deja atado y desatado en el cielo», lo cual puede considerarse como una gran blasfemia...

Una religión así, sólo pueden profesarla los pillos y los imbéciles.

Se lo ije á mi mamá,
que me meta en un convento,
que no quío yo trabajá.

Castigando la carne

El domingo 6 del actual entró de pronto en la iglesia de Adra (Almería), un vecino de los arrabales á evacuar cierta diligencia eclesiástica, y á nadie halló. Recorrió después todo el templo, y lo mismo.

Husmeó por todos los rincones, y al entrar en una habitación retirada donde se guardan los adornos y maderos que se usan en las grandes liturgias, se halló ante un especáculo verdaderamente edificante.

Un cura, que hace de ermitaño, estaba con una beata castigando furiosamente la carne pecadora, y para que la infame lo sintiera más, se hallaban ambos medio desnudos, en actitud procreativa y aullando salvajemente.

—¡Eh, buen padre!—gritó el campe-

sino con ánimo de que se sosegaran; pero como no lo oyeron sin duda, continuaron en su faena.

—¡Eh, ermitaño! ¡Que está usted en la iglesia!—volvió á gritar el visitante; y entonces, al darse cuenta de su presencia inoportuna, separóse el cura de su compañera y comenzó á correr por la habitación, agitado y nervioso, vomitando injurias contra el intruso que le interrumpía y tratando de arreglar convenientemente sus ropas y hábitos sacerdotales.

Indignado el labriego por la asquerosidad que acababa de presenciar y por las injurias de que era víctima, arremetió furioso contra el ministro del Señor, descargando sobre sus sagradas costillas un sin fin de golpes con recia vara de fresno.

El de las faldas salió huyendo de la iglesia más que de prisa, dando grandes voces, y por ellas se enteraron los pacíficos vecinos de lo ocurrido.

Corrió rápida la noticia, comenzaron los comentarios, y las autoridades intervinieron en el asunto para sofocar, naturalmente, la propagación del suceso, evitar el escándalo y salvar al clérigo en trance tan apurado.

Pero á pesar de ello se ha sabido, aunque con algún retraso: la prensa local lo ha denunciado con todo lujo de detalles, y la opinión pide al gobernador que tome cartas en el asunto.

Ese labriego, allá á su modo, y sin saberlo, ha imitado á Jesús en lo de arrojar á los profanadores del templo. Jesús se fijó en los mercadores, y les aplicó las correas; este ciudadano, se ha fijado en los lujuriosos, y les ha propinado el fresno.

Lo del látigo no surtió efecto más que momentáneamente, y lo mismo ocurrirá con lo de la vara; mas no por esto debemos dejar de congratularnos de que se demuestre de vez en cuando que los Santos Padres no faltaron á la verdad al decir que los templos estaban llenos de lujuriosos y ladrones.

Serrana, ensiende la lú,
que m' ajumao con el cura
y á Dios le yamo de tú.

Tipos que abundan

En Gustochan, pueblo de la frontera ruso alemana, hay un santuario de Nuestra Señora de las Gracias, regido por frailes paules y conocido vulgarmente por el nombre del Lourdes polaco, porque anualmente desfilan por él más de medio millón de peregrinos, dejando mucho dinero y alhajas de gran mérito.

No ha mucho tiempo regalaron unos peregrinos á la Virgen una valiosa corona orlada de pedrería, cuyo valor se fijaba en 20 millones de francos, y que lució poco sobre la frente de la imagen. Un día apareció sin ella, y por más pesquisas que se hicieron, no se pudo averiguar ni quién fué el ladrón ni dónde se hallaba oculta.

Mas por fin se ha descubierto ese, y otros robos é immoralidades. El hermano paul Macoch, de dicho convento, fué apresado en Cracovia por espía del Gobierno ruso y asesino de un hermano suyo. Al principio se resistió á confesar; pero, apremiado, no tuvo más remedio que declarar el crimen primero y sus intenciones después.

Con este motivo fué ocupado militarmente el convento y se procedió á un registro escrupuloso, encontrándose multitud de fotografías de las más conocidas «cocottes» de Varsovia, y de algunas damas devotas, que en traje igual al de Eva mostraban sus encantos,

por arriba,
por abajo,
por delante
y por detrás,

en posturas lúbricas é incitantes.

Respecto á las alhajas, se averiguó que, como tantas veces ha ocurrido en España (y las que ocurrirán) los frailes habían sustituido las piedras buenas por falsas, y que el producto de este latrocinio, asciende, según inventario, á 100 millones de francos.

Casi todas las joyas que no habían sido vendidas, estaban ocultas bajo las baldosas de la celda del padre superior. Una horizontal, manceba del fratricida y espía Macoch, era la encargada de ocultar y vender las alhajas que los frailes robaban á la Virgen.

En los claustros y en los jardines de San Pablo han hallado los militares muchos cadáveres de frailes sepultados sin caja á gran profundidad, y en los que los médicos han visto señales de haber sido envenenados. También hallaron en un rincón del jardín los cadáveres de dos mujeres y de un perro pequeño.

En el Vaticano han causado gran sensación estos hechos, y hay quien cree que el motivo de la enfermedad que aqueja á Pío X no es otro que el descubrimiento de estos escándalos.

Creo, como si lo hubiera visto, cuanto se relata en las anteriores líneas, menos lo de que el Papa haya enfermado por eso. ¡Pobre señor si diera en preocuparse por tales pequeñeces! Con que estuviera nada más que un día en la cama por cada una, no se levantaría ni cinco minutos cada año. ¿Acaso pasan veinticuatro horas sin que de algún punto de la cristiandad lleguen á su oído noticias de esa índole?

En una religión que cambia'achea los bienes del cielo por los de la tierra, forzosamente tienen que abundar los tipos parecidos á esos frailes libidinosos, ladrones y asesinos de Nuestra Señora de las Gracias.

Del Penal de Burgos

Sr. D. José Nakens.

Muy señor nuestro: Considerando lícita la loa entusiasta que en nombre de los compañeros reclusos le envía la comisión firmante, pasamos á manifestarle á usted lo siguiente:

Nos es altamente incomprensible que, habiéndonos dirigido á usted varios días há, dándole cuenta exacta de los sucesos acaecidos en esta Prisión

los días 11 y 12 del finado Octubre, no se haya dignado dar publicidad en EL MOTIN al suceso á que aludimos.

Precisamente por tratarse de usted, que en más de una ocasión dió pruebas inequívocas de simpatía hacia los que, cual nosotros, sufren las rigurosidades de un código desenfrenado, su silencio nos ha causado honda extrañeza. Los muchos artículos por usted escritos á propósito de los actos tan inculcables cometidos por la ronda y el malogrado director D. Pedro Castresana en esta Prisión, grabados los tenemos en nuestro corazón. Ese fué un ejemplo práctico de lo que puede la voluntad de un hombre hermanada con su perseverancia. ¡Qué actos tan dignos de imitarse!

Hoy, temerosos de que nuestra carta no haya llegado á poder de usted, apresurámonos á dirigirle otra en análogo sentido. Por este motivo la enviamos certificada, confiados en que la recibirá.

Sí, Sr. Nakens; el recuerdo de su nombre y el ejemplo de los buenos actos por usted realizados en pro del desgraciado, nos han servido de lenitivo á los sinsabores mil que hemos experimentado durante la estancia al frente de esta Prisión del suspendido y fracasado director, D. Eduardo Méndez y González.

Hay quien opina que nada conseguiremos con usted referente á la publicación en EL MOTIN de los hechos realizados en este Penal los días 11 y 12 de Octubre pasado. ¿En qué se fundan? En el hecho de haber sido usted recluso en la Modelo en el mes de Mayo de 1906, naliándose de administrador de dicha cárcel el Sr. Méndez.

He aquí ahora la exacta relación y lo más concisa posible de lo ocurrido:

Día 11 de Octubre.—Entre once y doce de la mañana la ronda del señor director comenzó á sentir el prólogo de un suceso que en breves minutos ibase á poner en práctica. En efecto, la cosa no se hizo esperar, y así sucedió. Antes de todo debemos manifestarle, que esta decisión fué adoptada por haber sido brutalmente golpeado, el día antes, uno de nuestros compañeros, por un salvaje de la ronda.

A la voz de «¡ellos!» nuestros bizarros compañeros, olvidándose de que exponían su vida, lanzáronse contra la tribu. Excusamos decirle á usted... Susos, contusiones, carreras, etc, etc, todo esto sobrevino. Hubo *rondón* que en su vertiginosa marcha perdió la albarda. Acto seguido comenzó el disparo de proyectiles en forma de piedras. La rutina *rondística* y su teneduría de libros apuntaron en su haber las latas de café, cajetillas de tabaco, bolas de pan, amén de otros articuillos que volaban por el aire. Hubo alguno que otro aprovechado (porque todo ha de decirse) que hasta el día de hoy fuma de gorra. En su *debe* figura algunos estacazos que con sus propias garrotas recibieron. ¡Qué cobardía más refinada! Los trece *rondones* y algunos de sus agregados diéronse á la fuga, refugiándose, los unos en la enfermería, y los otros en el rastrillo. ¡Con qué facilidad quedaron desarmados esta réeua de zulú! El ayudante de servicio, D. José Duque, tras de titánicos esfuerzos logró ponerse á salvo ordenando acto seguido que la guardia entrase á los claustros, como así sucedió.

Heridos.—Un empleado y tres pencos más.

Poco después se personaron las autoridades civiles y militares, el señor juez, relator de la Audiencia, nombrándose una comisión de entre los mismos penados, que expusieron sus justas quejas. Estas fueron atendidas.

Cerraron la gente en las brigadas y todo marchó con el mayor orden.

La ronda, por orden superior, quedó en suspenso interin se esclarecían los hechos. Los señores gobernador é ilustrísimo señor presidente de la Audiencia ordenaron al señor director que la ronda, bajo ningún concepto, entrase á la prisión (dentro del rastrillo.)

Los cuchillos.—Estos fueron sigilosamente escondidos en el patio chico, bajo una piedra, por un camarero y ugiar respectivamente de la ronda, sin darse cuenta de que alguien, por uno de los talleres que tiene ventanas al patio, presenciaba el enterramiento. Ocho diformes facas fueron desenterradas á presencia del ilustrísimo señor presidente quien quedó estupefacto al ver el tamaño que tenían.

Día 12.—A tempranas horas de la mañana, el señor Director, desobediendo las órdenes dictadas el día anterior por la primera Autoridad, entró en la prisión acompañado de su Estado Mayor. Los *rondeños*, que horas antes habían sido desarmados, daban muestras de valentía. ¿Qué presumía efectuar el Sr. Méndez? ¿Recluir en las celdas de castigo á aquellos simpáticos defensores de la opresión é iniquidad? Sus gestiones resultaron estériles. ¿Pretendía realizar la parodia de aquel auto de fe llevado á cabo el día 18 de Septiembre del año 1906, en el que más de diez infelices reclusos fueron martirizados cruelmente por los *rondeños*, y más de uno falleció á efectos de la paliza propinada?

Pronto, muy pronto llegó á oídos de las autoridades el acto de salvajismo del Director, encerrando á la comisión en celdas de castigo. Pero... pronto, muy pronto también, fueron desalojados de la mazmorra inquisitorial, merced, en gran parte, á que toda la población penal se negó á coger el rancho si sus compañeros no salían de las celdas. El señor Gobernador dijo: «Coged el rancho, penados: vuestros compañeros saldrán ahora mismo». En efecto, esta disposición cumplióse sin demora. En la mañana, la ronda, en unión del Director, fué cómplice de las vilezas cometidas por ella: rompieron las cazuelas en que toman el alimento los reclusos y destrozaron la ropa que á la sazón se hallaba en los alambres para secarse. ¡Cuánta ruindad!

Resumen de lo ocurrido:

La ronda está enchiquerada. El rancho viene exquisito. La población muy tranquila.

¿Y el Director?.. Suspendido. Rogando á usted, Sr. Nakens, se hará eco en EL MOTIN de todo cuanto pasó, y con gracias anticipadas se despiden de usted afectísimos y s. s. q. b. s. m.—(Aquí los nombres.)

En perjuicio de ocuparme de estos asuntos en otros números, diré á los que me escriben:

Que no recibí la carta á que aluden.

Que conozco al Sr. Méndez lo bastante para saber que, donde quiera que

vaya, hará lo mismo que en Burgos. Se marchó de la Cárcel Modelo precíamente por eso; porque no podía administrar á su modo.

Que mientras haya en los presidios juego que defender, economato que *explotar*, y puestos que vender, habra penados que se presten á velar por tan sagrados intereses, navaja en faja y garrote en mano.

Y que no tienen toda la culpa los miserables que, *por un tanto*, roban, apalean, y en ocasiones asesinan á sus compañeros, sino los que, a frente de la Dirección general, sabiendo lo que ocurre, no toman medidas enérgicas para expulsar del Cuerpo de Penales á todo director ó administrador que implante la barbaría en los presidios, para *robar* á los penados; único propósito que se llevan, por mas que lo cubran con el manto de la conservación de la disciplina.

En fin, ya hablaremos de todo esto, que no se remediará mientras no esté al frente de la Dirección un hombre que lo sea en el alto sentido de la palabra: hombre para castigar, hombre para premiar, y hombre para compadecer, y que aplique la justicia sin prejuicios de ninguna clase, ni en favor ni en contra de los empleados, ni en contra ni en favor de los presos.

Pero mientras á ese puesto vayan ridiculos Rendueles ó débiles Reverteres, en Penales seguirá todo como hasta aquí: apaleando los unos, robando los otros; éste matando á los presos de hambre; aquél asesinando á paos; es decir, no se romperá la tradición de los antiguos comandantes de presidio. Y España seguirá emulando á Rusia y Marruecos en todo lo que signifique crueldad, y superando á esas naciones en todo lo que represente explotación y latrocinio. Y basta por hoy.

Se lo decía su mare:
chiquiyo, tú eres muy bruto,
y habrá que meterte á fraile.

DISCORDIA

Imagináos la tierra sin montañas, al mar sin olas, el cielo sin estrellas, la flor sin colores. Imagináos á todas las aves vi-tiendo el mismo plumaje, á todos los insectos ostentando la misma forma y color. Imagináos las llanadas sin un repliegue, sin un accidente, arenas y guijarros aquí, guijarros y arenas allá; ni un árbol, ni un yerbajo, nada que trunque la monotonía del paisaje, nada que interrumpa la uniformidad del cuadro; ni un arroyo que murmure, ni un pájaro que cante, ni una brisa que recuerde que hay movimiento, que hay acción. Imagináos, por último, á la humanidad sin pasiones, teniendo todos los mismos gustos, pensando todos del mismo modo, y decid si no sería preferible morir de una vez á sufrir la prolongada agonía, que no otra cosa sería el vivir en tales condiciones.

El orden, la uniformidad, la simetría parecen más bien cosas de la muerte. La vida es desorden, es lucha, es crítica, es desacuerdo, es hervidero de pasiones. De ese caos, sale la belleza; de esa confusión, sale la ciencia; de la crítica, del choque, del desorden, del hervidero de pasiones surgen radiantes como ascuas, pero grandes como soles, la verdad y la libertad. ¡La discordia! he ahí el grande agente creador que obra en la naturaleza. Las acciones y las reacciones en la materia inorgánica y en la orgánica, generadoras de movimiento, de calor, de luz, de belleza, ¿qué son si no obra de la discordia? Rompiendo la monotonía de las sustancias simples, la discordia acerca unas á las otras, las mezcla, las combina, las desmenuza y las lleva de un lugar á otro; el hierro que duerme en las entrañas de la tierra es el mismo que arde al atravesar la atmosfera terrestre en la forma de aerolito, el que enrojece los labios de una mujer y el que brilla en la hoja de un puñal; el carbono que se presenta negro en los tizones apagados, es el mismo que se o-tenta verde y bello en las hojas de las plantas, límpido como una gota de rocío en el diamante, tibio y acariciador en el aliento de la mujer amada. Todo lo transforma la discordia: disuelve y crea, destruye y esculpe.

En las sociedades humanas la discordia desempeña el principal papel. Innovadora, rompe viejos moldes y crea nuevos; destruye tradiciones queridas, pero perniciosas al progreso, y prende en el alma popular nuevas lumbres, nuevas ansias después de destruir los rescoldos en que desentumecen su frío senil los ideales viejos. Esteta, detiene en su trillado camino al Arte y lo hace tomar nuevos derroteros, donde hay fuentes no aprovechadas aún por el rebño literario, nuevos colores, nuevas armonías, giros de dicción inesperados que no existen en ninguna paleta, que no han vibrado en ninguna cuerda, que no han brotado como chorros de luz de ninguna pluma. Revolucionaria siempre, la discordia hace que el disgusto fermentante en los pechos de los proletarios hasta que, amagadas las almas hasta el límite, irritados los nervios hasta alcanzar el máximun de tensión, la desesperación hace que las manos busquen la piedra, la bomba, el puñal, el revólver, el rifle y se lancen los hombres contra la injusticia dispuesto cada uno á ser un héroe.

Mientras el pobre se conforma con ser pobre, mientras el oprimido se conforma con ser esclavo, no hay libertad, no hay progreso. Pero cuando la discordia tienta el corazón de los humildes, cuando viene y les dice que mientras ellos sufren sus señores gozan, y que todos tenemos derecho á gozar y á vivir, arden entonces las pasiones y destruyen y crean al mismo tiempo; talan y cultivan, derriban y edifican. ¡Benditas á la discordia!

RICARDO FLORES MAGON

COSAS QUE HE DICHO

El señor Pi y Margall ha afirmado que la fiesta del Dos de Mayo es una fiesta de rencor y un acuerdo de guerra, y cree que no hay motivos para que uno y otro año recordemos los agravios que de Francia recibimos.

Se equivoca. Por no ser nada, ni eso siquiera es ya.

Pueblo que siente rencores, puede ir á alguna parte. Pero no sentirlos, se ve el nuestro apagado.

Lo mismo va á esa fiesta, que á una procesión, que á ver ahorcar un prójimo.

El caso es pasar el tiempo entretenidos sin gastar nada.—1901.

¿Queréis, vosotros los que por vez primera venís al Congreso de Diputados como republicanos, hacer algo provechoso?

Pues no os sometáis á la disciplina parlamentaria. En el momento que lo hagáis, renunciad á toda iniciativa. Los santones pesarán sobre vosotros como losas de plomo.

¿Cecéis que una cuestión debe ser tratada en determinado sentido? Pues tratada, aunque sea contra la voluntad de esos señores que tienen siempre en la mano el jarro de agua fría.

Y así justificaréis el deseo que tenéis de convertirlos en padres de la patria.—1901.

Me preguntan varios correligionarios qué deben hacer, si llega el caso, con los 156 curas de la provincia de Tarragona que han manifestado públicamente su adhesión al *Chapa*.

Mientras los carlistas se están quietos, vigilar á todos y comunicarme lo que hagan; y en cuanto se rebullen, echarles mano y enviármelos para acá, que yo los mantendré.

Y á la vez que esto, entrar en el Seminario y amarrar de dos en dos, si su resistencia no requiere mayores energías, á los seminaristas que encontraren, para embarcarlos después en un buque y desembarcarlos en el Riff.

Los moros se pirran por los niños, y es casi seguro que éstos no echarán de menos el seminario para nada.

Para nada absolutamente.—1898

Ha fallecido en París la condesa de Castiglione.

Por todo testamento ha dejado un papel negruzco con estas cuatro líneas trazadas con lápiz:

«Que me entierren sin flores, sin coronas, sin clérigos...»

Ya se hubiera guardado muy bien de expresar esa última voluntad ninguna exprostituta, ni ningún exladrón de la clase media.—1900

Nueva demostración de que no soy intransigente en la cuestión de procedimientos.

Reitero mi opinión contraria á la lucha electoral para concejales, no sólo porque *desune*, sino por los *hombres que gasta y desprestigia*; mas creo en conciencia que debe hacerse esta excepción:

En aquellos municipios donde los concejales republicanos hayan velado por los intereses del pueblo, no hayan sacado ningún provecho personal, hayan respondido á lo que sus electores tenían derecho á esperar de ellos, se hayan interesado por las clases trabajadoras, desvivido por la instrucción pública y por la higiene, hecho economías, rebajado los consumos, y salido perjudicados en sus intereses, en tales municipio debe acudirse á votar.

Pero en esos, y sólo en esos.—1895.

Hay actualmente unos cuantos periodistas en la cárcel y en presidio.

Lo que se reírán los reos de delitos comunes que e tan con ellos al enterarse de por qué han ido.

«No sois poco tontos, les dirán; para venir aquí por tantos años, debíais haber hecho algo decente: por ejemplo, un robo con escalamiento, fractura y un cadáver de propina; ó un par de homicidios con alevosía y ensañamiento.»

Y los recharán y con justicia, por no servir... ni para criminales.—1885.

¿Quieres, pueblo, hallar algún remedio á tus males?

Proscribe de tu seno á todo el que, no siendo de asuntos técnicos, te hable más de treinta minutos seguidos.

Los charlatanes de frase sublime, lo mismo que los redondeadores de períodos son tus mayores enemigos, pues te ofuscan, te arrastran y acaban por engañarte.

Fíjate en los anunciadores de drogas y específicos: mientras menos vale lo que venden, más se desgañitan.

Platón quería coronar de flores á los poetas y desterrarlos después de la República.

Tú no debes llegar á tanto con los oradores; con no ir á escucharlos ó silbar al que se exceda, resolverás la cuestión.

Fíjate en esto, que te importa.—1900.

Leo en la prensa de Bilbao:

«CHOCOLATE DE LA PURÍSIMA.—CON INDULGENCIAS.»

No se puede perfeccionar más el timo.—1899.

El Jurado ha absuelto á un cura que alojó tres indulgencias de plomo en el cuerpo de un hermano en Cristo, fundándose en que disparó en un momento de arrebató.

Arrebató que él había previsto al llevar el hisopo de seis tiros á mano.

¿Qué cosas ocurren entre las gentes religiosas! La más pequeña disculparía una revolución.

Pero nada, quietecitos. La religión es tan necesaria al hombre, que para mantenerla importa poco que el cura se dedique libremente al escabechamiento del feligrés.—1899

Muchos oficiales y soldados de la guarnición de Cuta han instalado la cofradía de la *Milicia Angélica*, y á fin de aumentar más y más el amor de las tropas hacia el *ángel tutelar de la castidad*, se han distribuido multitud de libritos, medallas, cíngulos y demás objetos religiosos.

Más vale que se entretengan en actos de devoción que en hacer maniobras, tirar al blanco, etc. Lo primero es conservar la castidad. Pero si un día se rebelan los moros vecinos, y alguno coge prisionero á un *militar argélico*, mucho me temo que no le valgan los cíngulos ni las medallas.

¡Buenos son los moros para reparar en otros cíngulos que los suyos!—1894.

El médico de la Inclusa dice que es suficiente un ama para criar dos niños. ¡A lo que obliga el hambre ó el deseo de conservar un puesto!

Horrores sin fin se están descubriendo en la Inclusa; pero ninguno tan grande como el de que aparente no verlos ó quiera disculparlos un hombre de ciencia.—1900

En Roma y otras ciudades italianas hay quien, en vez de rendirle culto á Dios, se lo rinde á Satanás.

Es lo mismo.—1900

«¡Seré desgraciado, decía un pilluelo en *Los Miserables*, que no he visto aún caerse á nadie de un quinto piso!»

Parodiándolo yo, exclamo:

«Sé desventurado, que no he podido hallar en política un hombre que, en lo malo como en lo bueno, tenga una personalidad tan saliente que admire á los mismos que le odian, que no rinda culto a lo convencional, que desdeñe lo rutinario, que resulte grande hasta en sus extravíos, que saque partido hasta de sus equivocaciones, que no se parezca al vulgo, en fin!...»

Creo que, si lo encontrara, me pondría á sus órdenes á pesar de todos mis desengaños, y no me daría por despedido aunque me excomulgara.

Tanto podría en mí el temor á caer nuevamente en manos de vulgares é incapaces, con apariencia de superiores.—1905.

Según el censo, 1.964.113 españoles han declarado que no tienen oficio ni profesión.

Con seguridad que son los que mejor viven. Las profesiones y los oficios no dan hoy que comer.

Hemos vuelto al tiempo aquél de que decía Mirabeau que sólo había tres medios para vivir: ser mendigo, asalariado ó ladrón.—1894.

Mañana sabrá España qué varones eminentes han sido elegidos diputados para acabar de reventarla; y nosotros, los republicanos, quiénes de los nuestros procurarán hacer como que hacen oposición á la monarquía.

Un ruego voy á dirigirles:

Que tengan especialísimo cuidado en no dar notas muy agudas, para ahorrarnos el bochorno de que vuelvan á llamarles *encastillados*, como hizo antaño el conde de Romanones; ni tampoco extremen tanto su mansedumbre que, avergonzados los mismos monárquicos, los califique alguno de borregos, como hizo Sagasta. Las cosas en un justo medio es como están bien.

Mas no creo que necesiten esta advertencia. Los que supieron callar ante nuestras terribles catástrofes coloniales, no merecen realmente que se ponga en duda su sensatez. Pero yo cumplo con hacérsela, para que no vayan, por distracción, á dar á los monárquicos protex-tos para que se burlen de ellos.

Al fin y al cabo, pasan por republicanos.—1901.

Solicitamos el concurso del Ejército para traer la república, y á lo mejor salimos con notas que le ofenden ó le molestan.

Lo del portugués del cuento: «Caste-sao, si me sacas del pozo, te perdono la vida.»

¡Y luego nos quejamos de que no ponga su esfuerzo á la altura de su patriotismo!—1890.

El jesuita García Alcalde ha dicho desde el púlpito en la iglesia de San Vicente (San Sebastián), que los oficiales que pelean en Cuba y Filipinas sólo procuran ganar cruces y ascensos.

Aun suponiendo que fuese así, que no lo es, como para ganarlos hay que arriesgar la piel, siempre resultaría que estaban á cien mil codos sobre los jesuitas, que todo lo que ganan es con fraudes y engaños, cuando no con crímenes.—1897.

Hay crímenes que son actos de justicia, como hay actos de justicia que son crímenes.

Si tuviéramos siempre esto en la memoria, no condenaríamos con dureza ciertos actos ni aplaudiríamos excesivamente otros.

Y aun puede ser que á veces invirtiéramos los términos, aplaudiendo ciertos crímenes y abominando de ciertas justicias.

Ya lo dijo un escritor católico:

«El mundo está lleno de suplicios muy justos, cuyos ejecutores son muy culpables.»—1897.

«Para la verdad y la libertad, el eclipse es una excelente prueba.»

Esa frase de Víctor Hugo es exactísima. Si los conservadores clericales no exageran tanto la nota, estábamos ya casi á punto de olvidarnos de lo mucho que la libertad vale.

Sin embargo, hay que comportarnos de manera que sea imposible otro eclipse, no sea que vayamos á habituarnos.

La c stumbre es el peor de los tiranos.—1909.

Se admira un periódico de que en Nueva York haya sido preso un hombre por haber robado los zapatos á un ahorcado, pendiente todavía de la cuerda fatal.

De poco se admira. Conservador hay aquí que se los quita á cualquiera corriendo.

Y hasta los calcetines, sin sacarle los zapatos.—1881.

El bien y el mal se realizan muchas veces sin que la intención intervenga. Un ejemplo entre mil:

Un individuo le tira una puñalada á otro con la piadosa intención de quedarse con él; el recipiendario tiene un tumor en el hígado que los médicos no saben curarle, la puñalada se lo revienta, y sana por consiguiente.

Que el navajazo salvó al enfermo, indiscutible es; que debiera quedar agradecido por la curación, esto ya es discutible.

Afortunadamente para él, tuvo su salvador el buen gusto de no recordarle que lo había curado.—1885.

Predicaba un fraile sobre la prisión de Cristo, condenándola con gran energía.

Una beata que había oído ya en su larga vida lo menos cincuenta ó sesenta sermones sobre el mismo tema, exclamó indignada: «¡Me alegro! ¡El se tiene la culpa! Si sabe lo que le pasa todos los años, ¿por qué va al huerto?»

Ni hecho de encargo para aplicárselo á los republicanos electoreros, enajenara mejor el cuentecillo.

Terminadas todas las elecciones, se desatan contra el gobierno de turno, diciendo que han sido una inmundicia, que los votos se han robado ó se han comprado, las actas se han falsificado, etcétera.

Y sin embargo, en las siguientes, sabiendo lo que ha de ocurrirles, se presentan en el huerto.—1905.

Los tahoneros siguen robando impunemente.

Brutal es aquella leyenda que atribuye á D. Pedro el hecho de haber obligado á un carnicero á completar de su propia carne el peso que faltaba á la de vaca que despachó á un infeliz; pero al ver la persistencia de esos ladrones que viven de la sangre del pueblo, echamos

de menos, sino un D. Pedro, un Periquito siquiera.—1893.

Desde 1860 á 1895 España ha gastado en marina DOS MIL TRESCIENTOS CINCUENTA Y SIETE MILLONES de pesetas, y ni tenemos ni nunca hemos tenido escuadra.

Con esa cantidad deberíamos poseer ochenta y dos buques de combate, y sólo podemos poner en línea uno: el *Pelayo*.

¿Qué comentario poner á eso? Sólo cabe este:

¡Lo que se ha robado aquí!—1900.

Un canónigo de Badajoz va dando de casa en casa conferencias sobre el hermoso tema evangélico de la venida de don Carlos, por la satisfacción que él (el canónigo) tendría al ver ahorcar á miles los liberales, desde los que comen con Silvela á los que ayunan en el campo republicano.

Por mucha que su satisfacción fuese, no igualaría á la que yo experimentaré la mañana que oiga tocar por las calles *La Marsellesa*, con todo el aparato que su argumento requiere.

Porque aquella mañana va á venderse muy barata la carne de cerdo.

(Concedo la palabra á ese canónigo para una alusión personal).—1889

Dice un papel clerical, hablando de una función religiosa, que acudieron muchos jóvenes del *sexo devoto*.

¡Cielos! ¡Un sexo nuevo! ¿Si les llamarán así á los *flaminios*?

¡Sáqueme el que pueda de este mar de confusiones en que me anego!—1900

Un prohombre republicano ha dicho en una conferencia que no se puede romper violentamente con la Iglesia, por el tiempo que lleva influyendo en la vida nacional.

Entonces, no rompamos tampoco violentamente con la monarquía: se encuentra en el mismo caso.—18.4.

El verdugo de Valladolid es eminentemente católico y se cuida mucho de las prácticas del culto.

Lo propongo para socio de número de la *Sociedad de Padres de familia*, cuyos méritos en este punto son iguales á los del verdugo ese.—1893.

¿Qué hubieran ustedes dicho, queridos lectores, si el jueves ó el viernes de esta semana santa, mientras se derrochaba el dinero en fiestas llamadas religiosas, caen sobre Sevilla ochenta ó cien mil campesinos hambrientos y se proporcionan por la fuerza bruta lo que no les dan ni la justicia ni la caridad?

Por mi parte, nada hubiese dicho que pudiera ni remotamente parecerse á una censura.—1900.

ETICA SOCIAL

de las persecuciones políticas

CONFERENCIA DE PEY ORDEIX, ORGANIZADA POR LA COMISIÓN «PRO-PRESOS», DE BARCELONA, EN LA CASA DEL PUEBLO, EL JUEVES 3 DE NOVIEMBRE DE 1910.

Tema: Las persecuciones políticas consideradas como despertadoras de la conciencia social y del progreso moral de la humanidad.

La Casa del Pueblo

Señoras y señores: Es tan grave el asunto de que voy a tratar, que antes de comenzar el discurso necesito cerciorarme de no traspasar mi derecho, para lo cual os pregunto: ¿es ésta realmente la Casa del Pueblo? (Voces: Sí, Sí.) Porque, tened conciencia histórica, ciudadanos: la parroquia fué en su origen y en sus legítimos tiempos la casa del Pueblo, de la cual el pueblo fué expulsado por los administradores, afianzados aun hoy por las leyes en su usurpación. (Admiración.) El pueblo, lanzado al arroyo por esa usurpadora del título de Madre (de la Iglesia hablo), hubo de fabricarse una nueva casa, llamada Concejo, poniendo otros administradores que a su vez cometieron igual usurpación en nombre del Estado, lanzando de la nueva parroquia a los feligreses; la casa de la Villa, al igual que la Iglesia Parroquial, fué hecha propiedad de los procuradores; el párroco de esta nueva Iglesia fué ungido con el crisma de los caciques, así como el cacique de aquélla fué ungido con el crisma de los párrocos.

Yo, hijo de aquel pueblo primero y de aquel pueblo segundo; yo, que ahora voy a encarnar la personalidad perenne de mi pueblo, me hago testigo y víctima de estos despojos y los acuso ante vosotros, coetáneos míos; y, aleccionado por esas experiencias, os invito a que os hagáis conscientes de vuestra historia, de vuestros derechos y de vuestros deberes: os invito a que no consentáis que jamás esta tercera casa del Pueblo sea secuestrada por el párroco ni por el cacique de nuevo cuño. (Asentimiento general.)

Y si es verdad este título, yo que debo al pueblo barcelonés la escasa vida y el escaso honor que pude salvar de las zarzas políticas y religiosas del Estado y de la Iglesia, yo, digo, hijo del Pueblo, y encarnación del alma popular, ¿puedo decir a boca llena que estoy en mi casa y que gozo de todos los fueros de la inviolabilidad del hogar para deciros lo que siento en esta alma h'ja y hermana vuestra?... (Sensación y asentimiento.)

Sobre una conversión

Antes de entrar en materia debo decir algo cuya omisión vosotros no me perdonaríais; algo de lo cual me felicito. En estos momentos, en otro salón de otro centro popular, un clérigo se desnuda solemnemente de la hupa clerical para reintegrarse a la humanidad. Es el primer caso que se verifica en España... Es el principio del fin.

Yo invito al pueblo barcelonés, tan noble y magnánimo con los desterrados, con los fugitivos y con los deshere-

dados, a que dé testimonio de esa magnanidad, recibiendo como madre, á ese hijo pródigo que huyó de la casa paterna de la humanidad reclamando la legítima de su libertad para ir á depredar los tesoros de la juventud en brazos de esa Meretriz (así calificada por San Jerónimo) llamada Iglesia, y que regresa al hogar destrozado quizás más de alma que de cuerpo, despojado de sus facultades y despojado de su derechos. Acogedle como la Patria debe acoger á sus hijos arrepentidos que un día desertaron seducidos por la sirena de la holganza clerical, y que ahora pide una plaza en el servicio de la milicia que lucha las luchas de la vida. Viene enfermo, curadle; viene ansioso de trabajar, enseñadle; viene profano é inexperto en la vida del trabajo, educadle.

Solemnizad su conversión con la alegría con que la Iglesia celebra las apostasías y defecciones de los hombres; y yo os prometo que si éste llega á escaparse del hambre, de la difamación y del odio que con ello se habrá atraído, será sólo el comienzo del éxodo; con ello habréis abierto una brecha á la cárcel que aprisiona á estos cautivos y por la cual otros vendrán á pedirnos perdón de haber renegado de vosotros. (Grandes aplausos.)

El sentido cívico

Y vamos al asunto señalado en el tema de esta conferencia. No lo he fijado al acaso, sino que lo he escogido con cuidado. Aprecio mucho mi tiempo, único tesoro que poseo, y aprecio demasiado el vuestro, para que lo perdamos estérilmente. Voy á cumplir un deber oficial para mí, que he hecho oficio de pensador, el más difícil, penoso é ingrato de los oficios; y así como el artífice expone en el escaparate público los artefactos de su pacienzudo y secreto trabajo, yo, pensador del pueblo que no tiene tiempo de pensar, vengo á exponeros los pensamientos que he fabricado en largas horas de estudio y de sufrimiento, y á expresaros lo que vosotros habríais pensado si hubiésteis tomado mi oficio.

Considerad, pues, como vuestros mis pensamientos. Alma del pueblo, al impulso de una Lógica igual para todos, todos habríais pensado como yo; y si al escuchar lo que debo deciros, halláis amargor en la frase y dolor en las ideas, sabed que también yo he sufrido este dolor y amargura al concebirlas; que al sentirlos reprochados, me siento también reprochado.

Deponed vuestra preeminencia los que la tenéis: vigorizad vuestra delicadeza los delicados: Hijos del pueblo, necesitamos descubrir nuestras enfermedades, mirándolas sin asco ni saliveos, á fin de estudiar discretamente el remedio.

Vamos á descubrir un gran mal del pueblo español: la falta de sentido cívico que produce la amoralidad cívica de las mayorías y la inmoralidad de las minorías. Y ese gran mal se condensa en esta frase:

¡TODAVÍA hay presos en las cárceles nacionales por causa de los sucesos de la semana trágica!

La vida del preso

¡Todavía! ¡Todavía!... Palabra amarguísima que es preciso expresar con la

pesadez y lentitud armónicas de sus sílabas: ¡Todavía!

¿Cuántas veces la pronunciarán cada día, cada hora y cada minuto en sus celdas y calabozos los infortunados que tienen por compañía la soledad, por luz las tinieblas y por tinieblas la luz: esa luz tenebrosa del dolor y de la desgracia que hace ver lo que no querría verse y lo que querría verse lo hace invisible: ¡cuántas veces pronunciarán esta frase: ¡Todavía!

Trazaos vosotros el cuadro de la lúgubre existencia del preso: ved cómo cuenta las horas y los minutos y los segundos de su aislamiento, en esa terrible vida celular, fábrica de angustias, inspiradora de siniestras ideas, evocadora de lancinantes recuerdos, provocadora de los perversos instintos, en que se ve sepultado el individuo ineducado y analfabeto para leer, estudiar y aprender el libro de la intimidad; incapaz por falta de cultura para entrar en la reflexión profunda de las cosas y para extraer de los recuerdos de lo pasado que le acompañan la savia moral que endulce su presente y oriente rectamente su porvenir: vedle acosado del fastidio, inundarle la nostalgia, surgir la fatiga, presentársele la misantropía y fulgurar en sus ojos la viva llama de la desesperación ó la terrible palidez de la depresión, muerte del espíritu... (1).

En las noches de sus días fosforecen en su cerebro las imágenes de sus temores y de sus odios que querría alejar, llamando inútilmente el auxilio de la luz exterior que disipe sus fantasmagorías y pesimismo; en los días de sus noches, la luz le refleja la realidad dolorosa; atmósfera de menosprecio y hedor de crímenes penetra sus pulmones y envenena su corazón; palabras de acusación, rugidos de cerrojos y cadenas rasguean con ruido de sierra los oídos; vive una vida negativa para el placer y sólo afirmativa para el dolor; ojos que no ven, oídos que no oyen; piés que andan sin moverse del mismo sitio; labios que no besan; brazos que no hallan objeto; pechos que exhalan anhelos y aspiran el vacío... muertos: realmente muertos... ¡y peor que muertos! pues viven la vida que no querrían vivir y la que querrían no viven... Viven la muerte.

Los hilos de la cárcel

Y á su derredor, perdidos por las guardillas de las ciudades y por los chamizos de las aldeas, viven vida no mejor los padres, esposas é hijos, preguntando á cada mañana si será éste el último día de sus penas, respondiéndoles el crepúsculo vespertino: todavía... no es llegado el momento de gozar: todavía continúa el tiempo de sufrir... Cárceles; cementerios de los vivos! ¡Cómo veis profanados los cadáveres semovientes que albergáis! ¡Cómo bailan con vuestras momias vivientes la macabra danza del odio, los siniestros delatores que os encerraron!

¡Hipócritas vosotros, culteranos de los muertos y profanadores de los vivos...!

¡Todavía!

(1) Aquí el orador abría la Memoria del Fiscal del Tribunal Supremo en el capítulo dedicado á describir la vida de la cárcel española, en la cual se hace imposible la vida. pág. XXXI, y siguientes.

Todavía no está harta y satisfecha la venganza odiosa de esos cobardes que en las horas de peligro se escondieron como ratones, y que en la impunidad lanzan rugidos de león, con acusaciones homicidas!

Defensa Social, jesuitismo que la inspiras... ¿hasta cuando durarán tu ría y furor? Hipócritas: ¿en nombre de cuáles dios consumáis esta venganza tanto más cruel cuanto más lenta? Farsantes del cristianismo: ¿en qué capítulo del código evangélico fundáis vuestra maléfica conducta? ¿Es este el Evangelio que predicáis y el que intentáis establecer en el alma de los pueblos; la cobardía, la perfidia y la venganza impune? ¿Qué significa para vosotros el fatídico *to dacia*: que todavía la humanidad no ha descubierto vuestros artificios, que todavía os soporta, que todavía no se ha llenado el vaso de la paciencia; que todavía no hay bastantes víctimas...? ¿Qué lecciones queréis que saque el pueblo español de esta vuestra miserable crueldad y apetito de tormento?

El crimen revolucionario

Hablemos despacio de aquel crimen. En la Historia hallamos muchos ejemplos de criminales que se ponen la venda.

El *acto revolucionario* no iba contra la humanidad ni contra la sociedad. No fue un acto de barbarie, en que el salvaje acomete á granel á los hombres.

No iba contra la vida de los adversarios, á quienes hicieron escolta los mismos revoltosos.

No iba contra la patria, según calumnia oficial y oficiosa del gobierno, que acuñó al vil arte de calumniar para excitar contra los rebeldes el odio de las provincias hermanas.

No iba contra la propiedad en sí, pues fueron respetados los bienes del público y aun los de los enemigos.

Iba contra una determinada manera de ser de algunas personas y contra el determinado uso y forma de la propiedad.

¿Tenían verdadera personalidad jurídica nacional aquellas personas y esta propiedad?

Aquí de vuestro Estado, políticos, y aquí de vuestras leyes, señores magistrados.

El crimen constitucional

Porque en España rige una Constitución, que se llama fundamental, con un espíritu clasificado por la sangre de tres generaciones. Todo lo que va contra este espíritu constitucional no puede tener amparo en los gobiernos, ni ser defendido ante los tribunales, ni mucho menos ser impuesto tiránicamente, despóticamente, por un poder absolutista, intruso é ilegítimo, cuya introducción constituiría un crimen contra el pueblo constituido en aquella forma, y que podría castigar por sí y ante sí el pueblo, en uso del derecho éste, eminente y previo, que el derecho moderno le concede para constituirse en la forma de su elección y para repeler las agresiones que en el ejercicio de esta facultad se le infieran.

Esta es doctrina universal en el Derecho moderno; es más: sin ella sería absurdo el sistema parlamentario establecido sobre el pacto entre el pueblo y el soberano.

Y ahora, dígame: ¿no están radical-

mente excluidas de España por la Constitución las Ordenes religiosas? Su introducción ha sido fraudulenta é ilegítima; su autorización ha sido un ataque contra el Código fundamental y una traición al pueblo.

¿Y acaso un acto criminal é ilegítimo pudo por sí solo legitimar otro hecho previamente ilegítimo? ¿O acaso pretenderán los políticos que la revolución no ha de ir precisamente contra los religiosos malamente autorizados, sino contra los gobernantes que los autorizaron? En tal caso, tiemblen esos gobernantes; porque está visto que no siempre son invencibles los baluartes de la irresponsabilidad ministerial; y si ellos ahora asumen con cobarde arrogancia aquella responsabilidad, fiados en que el pueblo será impotente para hacerla efectiva, é interponiendo entre el pueblo acreedor y el gobierno deudor la muralla del ejército, puede ocurrir que el ejército, siguiendo los consejos del jesuita Vilarino, saque su mirada de la letra del libro de las Ordenanzas para fijarla en su espíritu, siempre sometido á las ordenanzas de la Razón Humana Universal, y que llegue un momento en el cual, recordando la dignidad de su profesión y la alicuria de sus glorias militares españolas, se sienta lastimado al verse utilizado en parapeto de la ilegitimidad y del fraude, y se fije en la bandera española para leer en su historia estos lemas axiomáticos: las Ordenes religiosas no son la patria, sino enemigos de la patria. Los partidos políticos no son España, sino las plagas que azotan la patria española.

Las Ordenes religiosas no son la patria, sino ejércitos de renegados de la patria, predicadores de un reino de ultratumba, satélites de un rey ficticio en cuyo nombre asesinan los reyes, perturban los pueblos, matan el sentido patriótico y disuelven las naciones. Son los renegados del ejército, cuya profesión tienen por infame; los renegados del tributo, del cual se eximen; los renegados del trabajo, del cual huyen. Son los aliados y espías y mercaderes de un soberano extranjero, de una moral extraña á la tierra, de una política incompatible con el derecho humano

El Ejército, la Patria y la Iglesia

Son los ciegos esclavos del Papa que vertió la sangre del ejército español en Nápoles y en Sicilia y en Milán; del que arrebató á España los ricos florones de Rosellón y Provenza; del que hizo mil alianzas y conjuras contra nuestra soberanía; del que pactó con el Gran Turco contra las naciones cristianas; del que, hecho arbitro de nuestros litigios, puso precio á las Carolinas y las vendió á Alemania; del que cobró la prima de nuestra derrota de Filipinas, en monedas de oro de los yanquis; del que bendijo con indulgencias los ejércitos facciosos anticonstitucionales; del que recientemente simulaba lloros y congojas para irritar los suyos y promover una guerra civil, del que por medio de los jesuitas esparce en los cuarteles folletos aconsejando la traición y rebeldía contra los oficiales liberales; del que por medio de los obispos habla y anuncia *caudillos sus tidos* por Dios á espaldas de la Jerarquía. No; la Iglesia no es la Patria; sino su disolución, su rémora, su solitaria, la yedra fatal que devora su sustancia... ¿Acaso el ejérci-

to español ha jurado defender esa yedra, ser el cultivador de esa solitaria y el sostén de esa rémora? Todavía quedan los nombres de Prim y Espartero, de Pedro Navarro y Gonzalo de Córdoba, capaces de enfocar los cañones sobre el Vaticano. Todavía no ha desaparecido la raza de los Moncada y Monredón, capaces de fulminar la espada en batalla contra los ejércitos pontificios; y cuando faltara un rey incapaz de morir excomulgado en los campos de Toluca, el pueblo sabría rasgar la excomunión para salvar la vida de la bandera de la Patria.

El poder y los detentadores del poder

¿Son acaso España los gobernantes, llamados por los criminólogos *detentadores del poder*? ¿Es su irresponsabilidad la bandera que ha jurado defender el ejército, y es para hacer efectiva esta responsabilidad que el general y el soldado exponen su vida y abandonan su familia y se alejan de sus madres, esposas é hijos? ¿En qué capítulo de las ordenanzas se halla esta cláusula?

Entiéndanlo, si quieren, los políticos: si en vez de la bandera de la patria presentan al ejército esta bandera de la *irresponsabilidad*, podrán sorprenderle un momento, pero el engaño no será eterno. Y cuando llamen al ejército para hacer de él barrera ante el pueblo, ajustador de cuentas, puede ocurrir... no puede menos de ocurrir tarde ó temprano, si es que no ha llegado el profetizado *fin de España* y la incapacidad del pueblo español para gobernarse, ha de llegar... lo que ha llegado en Portugal... ¡Acordaos de Joao Franco, Juanitos españoles! Hasta ayer fué irresponsable, y hoy se ve forzado á responder.

¿Y qué responderían los políticos españoles, autorizadores de frailes, al pueblo, á la constitución, es decir, al pueblo constitucional y constituido, cuando les preguntasen en qué código, en qué ley en qué principio de equidad, de razón y de derecho han fundado estas autorizaciones? Sólo podrían responder: en el abuso del poder, contra el cual está protestando el pueblo, que es el que debe legitimar los actos de los gobiernos constitucionales.

Daños al pueblo

Si el pueblo clama un día y otro en mil formas contra esta traición y contra este atropello de sus apoderados. Y sus quejas son justas, porque él es quien sufre todas las consecuencias. Del seno del pueblo salen los hijos seducidos á profesar la inmoralidad conventual y las doncellas cegadas por el polvo de la falsa piedad. Del sudor del pueblo y del jornal del obrero extraen los ricos devotos los millones con que regalan la lujuria y avaricia del fraile. El obrero es el que se ve forzado á levantar paredes y cubrir tejados de conventos lujosos, mientras sus hijos duermen á la intemperie. Del acerbo del trabajo se nutren los explotadores de industrias que han hallado en el artefacto religioso el procedimiento para convertir en siervos y esclavos y prisioneros sus trabajadores, disfrazados con título de legos, asilados y acogidos, desposeídos del jornal, sometidos á rancho, atados á la esclavitud conventual, sin derecho á la luz de la calle

sin libertad y sin familia, hechos presidiarios de cadena perpetua..., encadenados, esposados y engrillonados por la inconsciencia, por la ineducación y por la hipocresía.

Políticos: ¿qué solvencia tenéis para pagar al pueblo el agravio que le habéis inferido?

Miles de heredero andan desposeídos; millares de monjas y frailes se esconden en los bajos fondos sociales de la miseria, avergonzados de haber sido lo que fueron; millares de víctimas de todos los órdenes se acumulan sobre este pueblo español, cuyo estómago no puede ya soportar el asco de tanta inmundicia, cuyas espaldas no pueden sostener tanto peso, cuyo corazón se rebela contra el espectáculo de tanta desgracia. ¡Responded!, ministros responsables, responded á la Decencia Política, á la Razón Moral, al Derecho Constitucional!

No somos ya cándidos; os vemos sonreír á nuestros clamores, embolsando las primas de vuestras autorizaciones, comiendo en el mismo plato con el fraile y con la monja en el banquete de esta infausta política... No hay más que hablar... También se sonrió Juan Franco.

Acción popular.—Hecho jurídico

Ante el Derecho Nacional las Ordenes religiosas son injustas é ilegítimas: son un fraude. Y he aquí el problema jurídico que se presenta á los gobiernos: ¿puede el pueblo rechazar un fraude contra su vida, contra su honor y contra sus intereses? Dirase que no; que esta operación corresponde al gobierno; pero yo veo aquí un sofisma grosero, porque precisamente el gobierno obra como apoderado del pueblo, que es su Principal y de cuyo poder abusa. ¿Puede el pueblo retirar este poder y corregir sus abusos y rechazar con la violencia la violencia del fraude? Si decís que no, ¿dónde está el *Estado Constitucional*? Si decís que sí... ¿qué calificación criminal resta para el acto revolucionario contra un hecho revolucionario? Porque esto es: los gobiernos han sido los revolucionarios contra la Constitución; el pueblo ha llamado á gritos al orden á sus gobernantes, que se han hecho el sordo y han respondido á las quejas con nuevos abusos, hasta colocar al pueblo en la condición de morir ó rebelarse. Ahí tenéis los clamores, en mil escándalos públicos, desde el habido con ocasión de la señorita Ubao, hasta los del convento de Santa Isabel. Ahí tenéis los mutilados escandalizando por las calles, el jesuita Rojas en Madrid, Serrat en Cataluña, Fray Bernardino en Valencia, el carmelita Del Río en Andalucía. Ahí tenéis las exposiciones del Círculo Mercantil de Madrid, las de los Maestros, las del Comercio, las de los amigos de Casandra... ¿No oyen los políticos este clamor universal? Estas quejas, estos dolores, estas injusticias y atropellos, estas transgresiones de la Constitución fueron producidas en el acto revolucionario violento, en desesperada réplica á la revolución de los ministros rebeldes á la Constitución.

¿Tenían derecho á incendiar lo que la ley prohibía edificar; y á disolver lo que la ley prohibía congregar; y á expulsar lo que el pacto convenido y jurado por los monarcas y sus ministros prohibe introducir?—¿Quién asumirá

este derecho de hacer cumplir la justicia constituida, cuando faltan al deber de cumplirlo los comisionados para ello? ¿O es que el pueblo español es el único pueblo constitucional privado del derecho eminente de buscar correctivos á los delinquentes y traidores? ¿Es el gobierno el revolucionario contra el Estado constituido, y son los revoltosos los restauradores del orden constitucional contra el gobierno revolucionario? He aquí el grave conflicto entre la conciencia popular y la conciencia de los gobernantes.

Hecho lógico

Cuando se quisieran trastornar por la violencia política las leyes de la biología social, surgiría contra ella el eterno rebelde, el instinto vital de las sociedades, el sentido cívico que, si puede anestesiarse en los de arriba con los gases espirituosos del favor, es reavivado en los de abajo por el sople de la desgracia.

La injusticia, el fraude político y el abuso, no se pierden en la química social: nada se pierde en el mundo; aunque nuestros ojos no sepan ver estos estados invisibles de las cosas. Las injusticias se van depositando en esos sótanos de la conciencia del pueblo, invisible al político; allí están verificándose las reacciones químico-morales que van acumulando la fuerza popular en esa terrible facultad de la Desesperación, arma suprema de los débiles y pusilánimes, por medio de ella elevados á temerarios y osados.

La revolución fué este acto desesperado tan justificado por la Lógica, que el pueblo barcelonés todo, sin excepción, según testimonio del jesuita corresponsal del *Mensajero*, por todo comentario de los incendios, decía: «ciertamente había demasiados frailes y monjas».

Moral de los gobiernos

Está visto que no puede esperarse que los gobiernos se orienten de lleno por el camino de la justicia sublime, guía de los pueblos. Ellos llaman delito á todo atentado contra los artefactos de su voluntad legítima ó ilegítima, legal ó revolucionaria. Nada puede contra ellos con sus razones el individuo aislado, para quien han inventado los anarquistas de arriba el título de anarquista, como sambenito de oprobio.

Por esto hemos de allanarnos á su calificado.

Pero ¿no han pagado la pena de aquel delito oficial los fusilados de Montjuich, los condenados de los presidios, los encerrados en las cárceles, los desterrados de la Patria, los sobresaltos de los amenazados por la represión, los millares de familias para quienes todo ruido es un sobresalto y todo fantasma es de mal augurio?

Por el que sea el precio que el Estado señale á las lágrimas de las madres, esposas é hijas españolas, ¿no centuplican éstas los millones que pudieron haberse perdido en las ruinas conventuales?

¿No hay ya bastante abatimiento para el vencido y bastante gloria para el vencedor?

La campaña redentora

Cuando el gobierno demócrata y la minoría republicana del Parlamento

ven pasar ante sí tan ligeros los días que tan lentos y amargos resu tan para las víctimas, es preciso que el pueblo entre en reflexión y se haga consciente de su deber y de su derecho.

Nosotros, congregados aquí como genuina representación del pueblo, carne de su carne y alma de su alma, con plena personalidad y en este baluarte de la Casa del Pueblo, constituida en consejo de familia, hemos de reconocer que debemos á aquellas víctimas la relativa paz que gozamos.

Su sacrificio provocó la irritación mundial, causa de la caída de Maura y del retroceso del Estado español en la empresa terrorista. A ellos debemos que se pueda celebrar este acto sin el sobresalto de temer á la salida una carga de la policía; á ellos debéis, ciudadanos, que podáis discurrir tranquilos por las calles y que no hayáis de otorgar testamento antes de salir de casa; á ellos debéis, mujeres, el que podáis dormir tranquilas sin temor de que el alda bonazo del alguacil turbe vuestro sueño, arrancando de vuestros brazos el padre ó el marido; á ellos debéis muchos de vosotros los besos de los hijos, las caricias del amor del hogar...

¿Cómo les pagaremos estos beneficios?

Solidaridad del deber

Desde luego reconociendo nuestro deber cívico, para recordarlo seguidamente á los jefes republicanos, exigiéndoles que demuestren en recoger las lágrimas de las víctimas algo de aquella asiduidad que demostraron en recoger el bo'ín. La cabeza sufre con todo el cuerpo, y cuando un miembro se abrasa en el fuego, la cabeza no duerme ni descansa; si son cabezas de los partidos, demuéstrenlo ahora y repitan en la campaña para la libertad de los presos el ardor que demostraron en la campaña por las actas. Y si no lo hicieren, si son cabezas insensibles al dolor de los miembros, es que son cabezas postizas, sin lazos internos ni orgánicos; y el partido radical, que debe ser consciente de todos sus deberes y de todos sus derechos, después de cumplir el deber de elegir los jefes, ha de ejercer el derecho de exigirles el cumplimiento de sus deberes, imponiéndoles la disciplina que la honradez impone á los jefes. Sólo así el pueblo se capacita para la vida política, adquiriendo personalidad ante sus propios jefes y haciendo efectivas las responsabilidades en que incurren.

Y jefes y partido están en el caso de recordar á Canalejas que su poder no ha venido traído del cielo en canastillo de flores por mano de los ángeles, sino que fué engendrado en aquella revolución y amasado con la sangre de los soldados y rebeldes, víctimas del desastre.

A ellos, y no á su programa, ni á su influencia personal, ni á su partido, debe este poder que usa los condados para cerrar cárceles y para abrir conventos, tan pródigo en promesas como en defecciones, tan precipitado en ofrecer como tardío en cumplir.

Hay que recordárselo, y hay que acusar la ingratitud y la inconsciencia con que se prolonga el cautiverio de los detenidos, para escribir en la cuenta corriente con el pueblo las partidas de cargo que hayan de balancearse en su día.

Y vosotros, hijos de la ciudad de la alegría, que formáis el pueblo liberal de Barcelona, este pueblo que enriquece con sus entradas las taquillas de tanto teatro y de tanto cinematógrafo; vosotros padres y madres que pagáis gustosos el billete para ver en el telón los retratos de niños que ríen y saltan y rabian, y que sentís asomar á vuestros ojos las lágrimas de la ternura al ver una escena de caridad en que la mano bienhechora lleva al hogar miserable el óbolo que esparce la risa y el contento en lo que era seno de tristeza, imponéis una contribución razonable en beneficio de los presos, aprendiendo á ver con los ojos del alma cómo sus hijos y enfermos sonreirán al recibir de vuestro socorro, con risas no combinadas por la ficción dramática, de niños de papel y de pobres ficticios, sino con risas salidas del alma de estos nuestros miserables el fruto de cuyo dolor disfrutamos á cada momento.

Así practicaremos no una virtud, sino un deber que tenemos contraído. Cuando antes de caer presos los llamamos hermanos y compañeros, fuimos obligándonos á tratarlos como tales. No defraudemos la confianza que pusieron en nosotros: seamos sus hermanos y compañeros en el dolor los que, de haber triunfado la revolución, buscaríamos sus brazos para besarlos y recibir de ellos la bendición de los héroes. Su heroicidad está cumplida: son héroes á quienes debemos ir á venerar en las catacumbas de la adversidad.

¡Chiqui! ¡cómo m' has puesto!
como un arfilé de á chavo,
ó un capeyán de convento.

Trata de blancas

Peor que en las casas que tributan por concepto de higiene, son tratadas las jóvenes que á la prostitución se dedican en los asilos clericales que se fundan para recogerlas. Y es que en los países sometidos al Vaticano no existen verdaderos recursos cristianos contra la prostitución.

Las órdenes monásticas no entienden de sociología; para ellas el asilado, el preso, el enfermo, el discípulo ó la inlíz mujer extraviada, son carne explotable, ganado productivo, seres abyectos que deben ser tratados duramente.

Para corregir el vicio no tienen más que un medio: hacer pasar repentinamente á la mujer recién salida de él á una austeridad abrumadora é intransigente, y á un trabajo impropio y odioso que e. quilma y mata el cuerpo anulando y envileciendo la parte intelectual.

No pidan otra cosa á las Adoratríes Oblatas, Trinitarias de Méndez y demás gentuza monacal encargada al parecer de redimir ángeles caídos, y, en realidad, de una repugnante trata de blancas sumidas en todas las esclavitudes más abyectas.

Es esto ya tan sabido, que son pocas las muchachas que se deciden á abandonar la vida airada; porque no habiendo aquí más instituciones redentoras que las monásticas, todo lo prefieren á

vivir en esclavitud tan terrible y con tan malos tratos.

Las que salen de esas modernas inquisiciones, dicen cosas horribles que, siendo siempre las mismas, no pueden tacharse de calumniosas invenciones.

En esas casas se trabaja como negros, se come muy mal, se viste peor, se sufren desprecios, porque siempre se está echando en cara á la pobre arrepentida su delito además de explotarla vilmente; y sobre todo esto hay que sufrir golpes, crueldades inauditas, reclusión perpetua; ni siquiera el vicio está ausente del todo en esas casas de santidad.

Una de las primeras cosas que debe hacer la República, si triunfa un día, es acabar con esa explotación infame llevada á cabo en nombre de la caridad, palabra que ha perdido su verdadera significación desde que sirve para autorizar y legalizar la esclavitud más dura y despiadada que se conoce: la de la mujer ignorante y necesitada.

Anda y no presumas tanto
de valiente, aunque eres *sacris*
y *sacudes* á los santos.

El tormento inquisitorial

Véase lo que, sobre esta cuestión, dice Nataniel Jomtov en su obra *La Inquisición sin máscara*:

«Tres eran los géneros de tormento que regularmente usaba la Inquisición: el de la garrucha, el del potro y el del fuego. Como á la agudeza de los dolores acompañaban tristes lamentos y gritos descompasados, era conducido el paciente á un sótano llamado *cámara del tormento*, á fin de que no llegasen al exterior sus voces. Lo acompañaban el inquisidor y el secretario de turno, le preguntaban de nuevo acerca de su delito, y, si persistía en negar, se procedía á la ejecución.

Para el tormento de garrucha ó polea, se colgaba en el techo un instrumento de este nombre, pasando por él una gruesa sogá de cáñamo ó esparto. Cogían después al reo y, dejándolo en paños menores, le ponían grillos, atábanle á la garganta de los pies cien libras de hierro, y volviéndole los brazos á la espalda y asegurándolos con un cordel, lo ataban de la sogá por las muñecas. Teniéndolo en esta posición, lo levantaban en vilo y entretanto lo amonestaban secamente los jueces para que dijese la verdad. Se le daba además, según fueran los indicios y la gravedad del delito, hasta doce estrepadas, dejándolo caer de golpe; pero de modo que ni los pies ni las pesas tocasen al suelo, á fin de que el cuerpo recibiese la mayor sacudida posible.

En el tormento del potro, que llamaban también de agua y cordeles, estando el reo desnudo en la forma que se ha dicho, era tendido boca arriba sobre un caballete ó banco de madera, al cual le ataban los pies, las manos y la cabeza, de modo que no se pudiese mover.

Entonces le hacían tomar algunos litros de agua, echándosela poco á poco sobre una cinta que le introducían en la boca, para que, entrando con el agua en la laringe, le causase las ansias y desesperación del que se ahoga.

Para el tormento del fuego, ponían al reo de pies desnudos en el cepo, y bañándole las plantas con manteca de puerco, arrimaban á ellas un brasero encendido. Cuando se quejaba mucho de dolor, interponían una tabla entre el brasero y los pies, mandándole que declarase. Reputábase este tormento como uno de los más crueles.

La duración del tormento, por bula de Paulo III, no podía pasar de una hora; y si bien la Inquisición de Italia no solía llegar á ella, en la de España, que se ha gloriado de aventajar á todas en celo por la fe, se prolongaba el tormento á cinco cuartos de hora. Solía suceder que el paciente, por lo intenso del dolor, se quedase sin sentido, y para este caso estaba prevenido el médico, el cual informaba al Tribunal si el paroxismo era real ó figurado, y con su dictamen se suspendía ó continuaba el martirio.

Cuando el reo se mantenía negativo, venciendo el tormento, ó cuando, habiendo en él confesado, no ratificaba á las veinticuatro horas su confesión, se le daba hasta tercera tortura, mediando sólo dos días de una á otra.

Cuando no bastaban las persuasiones ni las tretas para que el reo, con verdad ó sin ella, se confesase delincuente, recurrían los inquisidores á la tortura mezclando la ficción con la severidad, además de amenazarle con la duración indefinida del tormento; hacíanle creer, cuando ya lo había sufrido por el tiempo determinado, que lo suspendían por ser tarde ó por otra razón semejante, con el objeto de infundirle más terror.

No contenta la Inquisición con obligar al reo que confesase el delito que le atribuía, y descubriese á los cómplices, le precisaba también á revelar su intención. De modo que, aun cuando en la tortura confesase lo que le exigían, se le sujetaba otra vez á ella hasta que se declarase ante los hombres tan malo como los jueces le suponían ante Dios. Hay que advertir que una vez denunciados los cómplices, se le daba, sin embargo, tortura nuevamente, siempre que alguno de ellos negase serlo. Tan atormentado era, pues, el reo confesando como obstinándose en negar.

Por estos suaves medios se sostuvo la religión de nuestros mayores tantos siglos; ante el temor de ser torturados y achicharrados vivos ¿quién dejaba de creer en los misterios divinos? Pero una religión absurda que por medios tan atroces se sostenía, estaba destinada á sucumbir en cuanto no pudiera emplear el terrorismo legal.

J. CABALLERO DE LA VEGA
Barcelona.

Anda, que estás más tocá
por los *curianas*, que el cánón
que está puesto en er misá.

¡Quítese usted el hábito!

El vulgo, gran maestro en la observación, nos dice para enseñarnos lo que engañan las apariencias: «El hábito no hace al monje.»

Quiere decir esto que, por ejemplo, puede muy bien un zamacuco cualquiera tomar un hábito de capuchino, ponga por camastrón, y hacerse pasar por santo. El por qué, no lo sé; pero es el caso que este hecho es tan frecuente como extraño.

Si repasamos el Año Cristiano, vemos que, aun desechando muchísimas hipérboles, casi todos los santos allí retratados hicieron méritos bastantes para que la piedad los colocase sobre altares, y sirvieran á los fieles sus imágenes de recuerdo constante y de eficaz estímulo á la imitación de sus virtudes. Unos fueron sabios; otros místicos; otros asombraron al mundo con su espeluznante ascetismo... Todos éstos fueron útiles: los sabios, porque alumbraban la razón; los místicos, porque endulzaron la creencia; y los anacoretas, porque demostraron á la sociedad de su tiempo, con sus ayunos y cilicios, la superioridad del espíritu sobre la materia.

Estos últimos me han parecido siempre unos hombres muy brutos, puesto que el ejemplo sanguinolento que daban para mostrar la fortaleza del alma, bien pudieron sustituirlo con lindísimos razonamientos incruentados, como hicieron los filósofos de todos los tiempos. Pero, en fin, era una brutalidad heroica que merecía la canonización. No me extraña. Se la ganaron á sangre y dieta.

Lo que sí me sorprendió, por modo extraordinario, fué el conocimiento de que hubo en aquellos tiempos ciertos *barbians* que también han sido hornacinados sin haber hecho nada de particular que no fuese *pro domo sua*. Esto nos ha hecho pensar que, si bien sus virtuosos hechos no arrojaron universales destellos, en cambio tendrían alguna condición simpática de otro orden, muy cobijada con su hábito fraíluno, para ganar influencia en las multitudes, al modo que un buen *barba*, severamente vestido de monje, sugestiona con su predicación teatral á todo un público ilustrado, aun cuando sea que el tal *barba* había pasado la noche en la prevención por delitos de embriaguez y escándalo.

Debemos de creer, pues, que la indumentaria anacrónica nos atrae con su pátina simpática, no porque sea signo de virtudes, sino porque es signo de una perpetuidad que nosotros no alcanzaremos. El traje que viste la estatua del Gran Capitán nos transporta al siglo XV, y nos parece oírle pronunciar al célebre caudillo las duras palabras con que reprendió al Papa Alejandro VI sus tremendas liviandades, sin perjuicio de venerar al Borgia porque estaba investido con el espléndido traje de Pontífice Máximo. En cambio nos reímos hoy cuando vemos un rey con americana y bombín, porque aún no es llegado el tiempo en que la majestad emane de sus virtudes y no de su traje de ceremonia, y todavía estamos en que el traje da respetabilidad, porque es signo de virtudes.

Hay que desengañarse: no es sólo el

traje. Se necesitan hechos de hombría de bien para ejercer influencia... Pero, ¡infunde tanta veneración un fraile!

—¿Por qué?—se pregunta.—¿Conoce usted de él algún hecho laudable?... ¿Le oyó usted la palabra divina y salió convencido, ó supo de algún sacrificio hecho en beneficio de un semejante?...

—¡No!...—contestan.—¡Pero lleva un traje tan respetable!...

Y de ahí no salen si los matan. ¡Qué obstinación!

¡Y cuidado que no le tengo antipatías al dichoso traje! Me gusta mucho. Es muy suelto; ventila mucho las carnes y... se desarrollan espléndidamente, libes de la presión del pantalón, chaleco y demás embelecios del vestuario moderno.

JUAN EL PIADOSO

A Dios rogando

Hoy, para dar un ejemplo de que soy muy transigente, he estado devotamente con mi familia en el templo.

¡Con qué fervor ha rezado mi buena y cristiana madre por la salud de mi padre, que está un poco delicado!

Varias personas estaban rezando muy fervorosas, para obtener... ciertas cosas de las que desconfiaban.

Una señora nos dijo que está haciendo una novena para que Dios le dé buena suerte en las quintas á un hijo.

Y cierta mendiga había que me inspiró compasión. ¡Pedía con devoción un premio de lotería!

Después á un amigo vi que me dijo que rezaba para que una á quien amaba le contestara que sí.

Y entre varios estafermos, vi á un médico muy decente pidiendo devotamente que hubiera muchos enfermos.

Vi también á Juana Toda pedir con aire contrito á San Antonio bendito un novio para *hacer boda*; y á la mujer del *Roñoso* (conocido *timador*) que pedía con fervor *negocios* para su esposo.

Visto que con tal piedad, salvo algunas excepciones, se rezan las oraciones por la generalidad, sólo me ocurre decir en la presente ocasión: ¿se reza por devoción, ó se reza por pedí?

JUAN LORENTE

La propiedad

Un noble posee un dominio y saca de él 300.000 libras de renta por año.

El y su familia han sacado una renta equivalente durante cinco ó seis siglos, y la tierra es suya.

Suponed que un hábil ingeniero de una población industrial, de Oldham por ejemplo, invente una máquina de tejer y que por ello obtenga patente de invención; suponed que un escritor haga un libro y disfrute los derechos de autor que le garantiza la ley. La patente caducará á los catorce años y los derechos del autor á los cuarenta.

Ahora comprenderéis la diferencia entre las leyes que rigen la propiedad de la tierra y las que se aplican á las demás propiedades. El privilegio de propietario de la tierra no expira jamás.

¡Y, sin embargo, el propietario no ha hecho la tierra, mientras que el ingeniero ha inventado su telar y el escritor ha escrito su libro!

BLATCHFORD

Eso no lo manda Dios, que des á gente de Iglesia lo que gana con sudor.

Bibliografía

Si los editores valencianos señores F. Sempere y Compañía no tuvieran bien probado su amor á la difusión de la cultura en nuestra patria, poniendo al alcance de todos las obras de los primeros pensadores del mundo, vendría á demostrarlo los cuatro libros que acaban de remitirnos, y cuyas firmas bastan por sí solas para acreditar una biblioteca.

La vida en la tierra, por Eliseo Reclus.

Hermoso y poético canto describiendo las bellezas de la Naturaleza y dando un verdadero y práctico curso de Geografía é Historia natural, ciencias en las que Reclus alcanzó los mayores triunfos de su dilatada vida científica.

Los primeros principios, por H. Spencer.—Dos tomos.

Esta es una de las principales obras del insigne filósofo inglés, y en ella busca como en ninguna otra en lo más profundo de la filosofía para afirmar los primeros principios sobre los que se asienta la sociedad actual.

Toda la obra es hermosísima, pero donde resuena el genio de Spencer es al estudiar las sociedades primitivas, trabajo inmenso digno de su exímio autor.

Las ilusiones del progreso, por Georges Sorel.

Esta obra puede considerarse como la segunda parte de *Las ruinas del mundo antiguo*, y si en ésta se estudian los orígenes de la decadencia de las antiguas instituciones, en *Las ilusiones del progreso* se pone de manifiesto cuánto tiene de ilusoria nuestra decantada civilización y cuánto camino falta recorrer á la humanidad para llegar á una época de relativa perfección.

El Estado.—La dignidad personal, por P. J. Proudhon.

Sabido es cómo trataba el autor las cuestiones sociales desde el punto de vista filosófico, por lo que nos limitaremos á decir que este volumen lo forman dos de los más acabados estudios del insigne reformador socialista francés.

Todos los libros llevan en la cubierta el retrato de su respectivo autor y se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

(FOLLETÓN 76.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

»del cual todo organismo se asimila
»cuanto puede contribuir á su desen-
»volvimiento y bienestar, y no des-
»pliega sino pensamientos perversi-
»dos... Esta enagenación de sus pen-
»samientos denota una enagenación
»real de su naturaleza.»

Así se expresa Maudsley. Y comprendiendo, naturalmente, que esa puede ser la descripción de un miserable, de un malvado, añade: «Pe-
»ro la diferencia entre el loco y el
»malvado es considerable cuando se
»lleva la investigación á los antece-
»dentes del individuo, cuando de la
»observación psicológica se pasa al
»examen médico. El acto vicioso ó el
»crimen no es en el loco la sola prue-
»ba de locura. Para que haya locura
»moral es preciso que de este acto
»pueda uno remontarse hasta una en-
»fermedad por un encadenamiento
»de síntomas especiales, lo mismo
»que se deducen las acciones de un
»hombre razonable por los motivos,
»que ha tenido, de obrar. Y la prue-
»ba de la enfermedad se hallará en-
»tonces en la historia completa del
»caso en cuestión.»

Ahora bien, el autor de la presente historia no dirá que ese cuadro de manifestaciones, de síntomas, trazado por Maudsley, parezca expresa y especialmente hecho para la monarquía española; más no cabe duda de que hace pensar en si será así. Porque la frescura con que se desprende y separa de sus hijas (las Colonias), y el poco ó ningún caso que hace de los buenos consejos que no falta nunca quien le dé, y otros actos por el estilo, demuestran la insensibilidad moral que Maudsley pinta. El disimulo y presteza con que lleva á cabo combinaciones y determinaciones de dudosa justicia y conveniencia, lo mismo en el exterior que en el interior, denotan la inteligencia sutil de que también habla aquel sabio. Sus buenas intenciones ó propósitos, de continuo anunciados, pero jamás puestos en práctica, lo que indica que «la razón ha perdido su imperio sobre las pasiones;» las afortunadas ocasiones que, aun en su vida irregular, se le han presentado, y no ha querido aprovechar, señal cierta de incapacidad para apreciar su propio

interés; el no ser de las monarquías que lloran por todo, ni de las que no lloran por nada, sino de las que sólo lloran por sí mismas; el no haber dado á su vida una orientación, una «dirección regular» dedicándose á cualquiera de aquellas empresas para las que no le faltan aptitudes; todo, en fin, parécenos que no deja de ajustarse á los síntomas y rasgos de la locura moral. Lo que, si acaso, requeriría más estudio, sería lo de si de sus actos «podía uno remontarse hasta una enfermedad por un encadenamiento de síntomas especiales.» y si «la prueba del desarreglo morboso se encuentra en la historia completa del caso.» Pero en esta empresa no vamos á meternos.

Si; no debe cabernos duda; estamos frente á un caso genuino de locura moral. Cuando menos así nos lo revela por una parte el análisis científico, y así nos llevan por otra parte á preferirlo nuestros sentimientos, siempre dispuestos á la indulgencia. Porque en la solución histórica la irresponsabilidad de la monarquía no sería total y podía ser dudosa, mientras que con la enagenación moral ha de resultar completa y evidente. Por esto mismo cuando todo buen corazón ha de tender en el caso histórico á dar á los actos censurables la interpretación más favorable que en conciencia sea posible admitir, en el de la locura moral ha de inclinarse á lo contrario, esto es, á dar á esos actos la interpretación más grave de que fueren susceptibles, ya que cuanto más numerosos y reprobables lleguen á ser, mejor han de demostrar, además de la existencia, la importancia de la afección morbosa, y más firmemente ha de quedar establecida la irresponsabilidad moral del desdichado paciente.

No es, por tanto, en son de acusación sino en concepto de defensa, como habremos de hacer que el lector observe, que sólo bajo el incontrastable influjo de la terrible dolencia de que hablamos podría tener explicación, por ejemplo, que la misma monarquía que ante los yankees arrió bandera en el arsenal de Cavite, porque en aquel establecimiento militar se albergaban las familias de los empleados en él, se complazca en dar á conocer hechos como este que un diario cortesano refiere entre los ocurridos en 1909 en Marruecos:

«Con el nombre de *Casa de Citas* ha sido bautizada en Sidi-Hamed-el-Hacht una casa de moros que hay en el Gurugú, á más de 3.000 me-
»tros de las baterías, y sobre la cual

»se han disparado ya numerosos ca-
»ñonazos, sin conseguir destruir la.
»Diariamente se ve entrar en la refe-
»rida casa muchísimos moros que
»vienen de distintas direcciones. En
»la puerta de la casa mencionada se
»ve constantemente moras que jue-
»gan con los chiquillos...

»Unos opinan que aquello debe
»ser un hospital que estará lleno de
»heridos, y que van á verlos los in-
»dividuos de sus familias...»

Puesto que, aun cuando otros creían otras cosas, unos opinaban que aquello era un hospital, cualquiera se imaginará que, como dice un dicho español, «en la duda abstente.» ¡Pero, ya, ya! Sigue la relación:

«Hará unos cuatro ó seis días, va-
»rios moros y moras fueron saliendo
»de la casa uno á uno y sentándose
»en el suelo con la espalda á la pa-
»red. Unas moras que parecían es-
»clavas les sirvieron café ó té, y como
»los nuestros nunca pierden de vista
»la casa, les dejaron que empezasen
»á comer y saborear el brevaje, y
»cuando más descuidados estaban,
»les enviaron cuatro granadas que
»dispersaron la reunión... dos grana-
»das explotaron como á tres metros
»del edificio. Un morito pequeño,
»asustado de la huída de sus mayo-
»res, en vez de dirigirse hacia la casa,
»corrió en otra dirección y allí estuvo
»largo rato sin ir ni á un lado ni á
»otro, hasta que salieron dos moras
»y lo cogieron.»

Es posible, más que posible, es probable que esa relación sea inexacta. Aun en el caso de que fuera exacta, como no tiene absolutamente nada que exija ni recomiende su publicación, en cualquiera otro país habría sido omitida. Y el sólo hecho de que se invente, si no ocurrió, ó se celebre, si ocurrió efectivamente, cosa como esa, es una manifestación, un síntoma, de locura moral que todo el mundo reeconocerá desde luego á primera vista. Y tenga entendido el lector que, si nos pusiésemos á referir casos parecidos y de más significación y gravedad, no acabaríamos nunca.

¡Ah! Aquella monarquía todavía está en la *edad del trigo*, y quizás esta circunstancia sea parte á producir el mencionado estado patológico, que no existe colectivamente, ó existe muy atenuado, en los países, más adelantados y más dichosos, que hace ya años que se encuentran en la *edad del azúcar*. Si; en la monarquía española aun se preocupa la gente